
Diamante Roto
Nomaya Jax

Diamante Roto

Novela Romántica Contemporánea

Nomaya Jax

Copyright © 2025 by Nomaya Jax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso por escrito del editor o autor, excepto según lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

Advertencia: La reproducción o distribución no autorizada de este trabajo protegido por derechos de autor es ilegal. La infracción penal de derechos de autor, incluida la infracción sin ganancia monetaria, es investigada por el FBI y se castiga con hasta cinco años de prisión y una multa de $250,000.

El derecho de Nomaya Jax a ser identificada como la autora de la obra ha sido afirmado por ella de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de1988.

Todos los personajes de esta publicación son ficticios, cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Contents

Diamante Roto

1. Capítulo 1

2. Capítulo 2

3. Capítulo 3

4. Capítulo 4

5. Capítulo 5

6. Capítulo 6

7. Capítulo 7

8. Capítulo 8

9. Capítulo 9

10. Capítulo 10

11. Capítulo 11

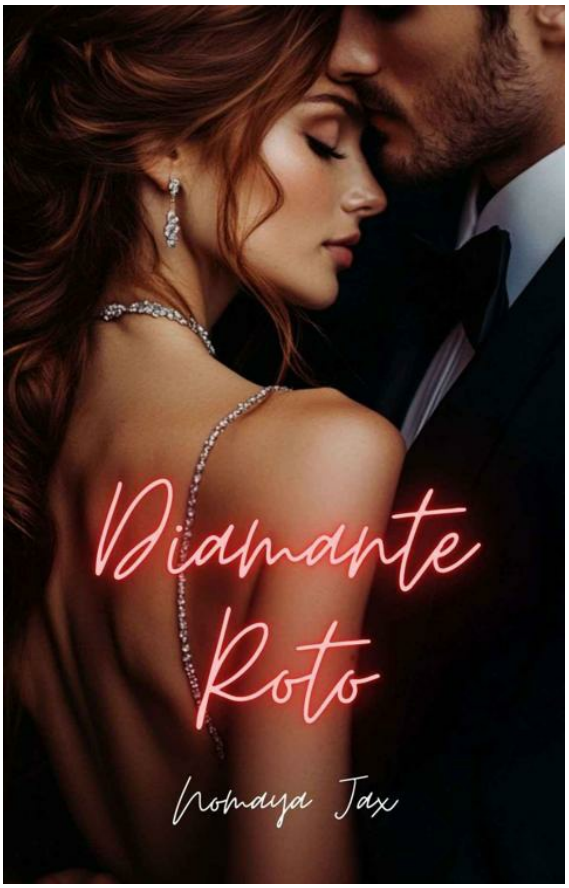
12. Capítulo 12

13. Capítulo 13

14. Capítulo 14

15. Capítulo 15

Diamante Roto



El amor y la venganza no se mezclan.

Al menos, eso me dije a mí misma cuando me alejé de mi exmarido tóxico con diez millones de dólares y el corazón hecho pedazos. Juré que nunca volvería a confiar en un hombre, y mucho menos en alguien tan despiadado como Julian Westwood.

Pero Julian no acepta un no por respuesta. Me ha estado observando, esperando su oportunidad. Dice que me quiere, que puede derribar los muros que he construido. Pero yo sé mejor que nadie que los hombres como él solo saben tomar, y me niego a volver a ser propiedad de nadie.

Entonces, mi ex decide que perderme no es suficiente: quiere destruirme. Y de repente, Julian no es solo una tentación… lo necesito. Es lo único que se interpone entre mí y el hombre que hará lo que sea para arrastrarme de nuevo a su control.

Nunca planeé enamorarme de él. Nunca planeé llevar a su hijo en mi vientre. Pero cuanto más caigo, más me doy cuenta de que ya no solo estoy luchando por mí misma. Estoy luchando por el futuro que nunca vimos venir.

SASHA

El Mercedes-Maybach se desliza por las calles húmedas de Manhattan, llevándome hacia mi libertad.

Mis dedos perfectamente manicurados trazan el frío cristal, observando las gotas de lluvia que se deslizan mientras mi otra mano sostiene la desgastada fotografía en mi regazo.

La imagen captura la radiante sonrisa de mi hermana Christina en la recepción de mi boda—su cabello castaño recogido en un elegante moño, sus ojos color avellana brillando de alegría, tan parecidos a los míos. En ese entonces, ambas creíamos que Damien Winslow era el príncipe azul hecho realidad.

El sabor amargo de ese recuerdo me hace tragar con dificultad.

"Todo lo que hemos reunido es irrefutable", dice Claire a mi lado, con su maletín de diseñador equilibrado sobre sus rodillas. Ha sido mi mejor amiga desde la preparatoria, y ahora es la abogada que he contratado para destruir a mi marido. Su mano perfectamente manicurada busca la mía, cálida contra mis dedos helados. "Las fotos, la documentación de la manipulación de los anticonceptivos, el rastro de papel de sus aventuras—lo tenemos acorralado, Sasha. Hoy es el día."

"El día en que entierro al bastardo." Aliso la fotografía de Christina antes de presionarla contra mi pecho. "Ella debería estar aquí para ver esto."

El recuerdo de aquella última noche me golpea como una marea. Estábamos en Lotus, celebrando el cumpleaños de nuestra prima Monica. El bajo retumbaba en mis huesos mientras Christina y yo bailábamos, embriagadas de champán caro y la ilusión de libertad.

Me había escapado mientras Damien estaba en alguna "cena de negocios" que yo sabía perfectamente bien involucraba a su última amante—Sarah de contabilidad, con su pelo teñido de rubio y su sonrisa aún más falsa.

Había agarrado el brazo de Christina, mi voz firme a pesar del alcohol nublando mi mente. *"Necesitamos llamar a un coche. No estás en condiciones de conducir, y yo tampoco."* Entonces el equipo de seguridad de Damien irrumpió, encabezado por Marcus, su jefe de seguridad. Todavía puedo sentir el agarre brutal de sus manos mientras me arrastraban fuera. El rostro preocupado de mi hermana fue lo último que vi de ella con vida.

Dejó a Monica primero. Encontraron su coche envuelto alrededor de un árbol a diez minutos de su casa.

La policía dijo que fue instantáneo. Sin sufrimiento. Pero mintieron—yo sufro. Cada. Único. Día.

"Va a intentar menospreciar tu valor", advierte Claire, su voz arrancándome del borde de ese oscuro recuerdo. "Movimiento clásico de narcisista. Empezará con dos millones, quizás tres. Actuará como si estuviera siendo generoso."

Dejo escapar una risa amarga que sabe a las lágrimas que me niego a derramar. "Diez millones es generoso considerando lo que podría hacerle. Su reputación, sus negocios, su preciada imagen pública—" Mi mano se aferra a la correa de mi bolso. "Me gané cada centavo, jugando a ser la esposa trofeo perfecta durante dos años."

Los primeros seis meses de noviazgo fueron un cuento de hadas.

Damien irrumpió en mi vida en aquella gala benéfica, todo encanto y sofisticación en su traje Armani a medida. Conquistó a mis padres de clase media con regalos caros y declaraciones de amor, pidió la mano a mi padre como un caballero de la vieja escuela.

Mi padre, profesor de secundaria que nunca había tenido nada más caro que su anillo de bodas, quedó impresionado. Incluso mamá, habitualmente tan escéptica, cayó en el teatro de Damien.

Yo caí más fuerte que todos.

Luego vino el anillo de bodas, y la máscara se deslizó.

"No puedes salir vestida así", decía, su voz goteando falsa preocupación mientras examinaba mi atuendo. *"¿Qué pensarán los miembros de la junta? Eres una Winslow ahora. Tenemos estándares que mantener."*

O: *"Cancela tus planes con Christina. Tenemos cena con inversores. Las obligaciones familiares son lo primero, cariño. Lo entiendes, ¿verdad?"*

Siempre "cariño." Siempre con esa sonrisa fría que nunca llegaba a sus ojos.

Presiono mi mano contra mi vientre plano, recordando los sueños que tenía de la maternidad. Un hijo perfecto, tal vez una niña con el pelo oscuro de Damien y mis ojos avellana. Pero esos sueños murieron el día que lo descubrí con Sarah, luego Marina del estudio de yoga, luego la

mitad de las socialités de Manhattan. Las fotos que había recolectado serían una excelente munición, pero también habían matado cualquier posibilidad de que alguna vez llevara a su hijo.

"No traeré un bebé a este matrimonio", le había dicho secamente cuando empezó a presionar por hijos.

Su respuesta había sido manipular mis anticonceptivos. Cuando lo confronté, sus palabras me helaron hasta los huesos:

"Un hijo te daría propósito, Sasha", sonrió esa sonrisa presumida, *"¿qué más vas a hacer con tu vida?"*

Ahora sé exactamente qué voy a hacer con mi vida.

El Maybach se detiene frente al discreto edificio de oficinas donde tendremos nuestra mediación. Nada de drama en los juzgados para Damien Winslow—no puede arriesgarse a que la prensa se entere de esto. Mis Christian Louboutins resuenan contra el suelo de mármol mientras Claire y yo nos dirigimos a la sala de conferencias.

Él ya está allí, por supuesto. Impecable en un traje Tom Ford color carbón, su pelo oscuro perfectamente peinado. Verlo hace que mi piel se erice incluso mientras mi traicionero corazón da un vuelco—todavía es hermoso, todavía magnético. Su abogado, Harrison Wells, está sentado a su lado con una sonrisa condescendiente que me dan ganas de borrarle de una bofetada.

"Sasha." Damien se levanta, abotonándose la chaqueta con practicada facilidad. Su colonia—la misma que llevaba la noche que nos conocimos—llena mis fosas nasales. "Estás hermosa."

"Cállate. Estamos aquí para negociar términos, nada más."

"Siempre tan dramática." Sacude la cabeza como si yo fuera una niña haciendo una rabieta. "Esto podría haber sido tan diferente, cariño. Podríamos haberlo tenido todo—una familia, un legado."

"El único legado que me has dejado es dolor." Golpeo la foto de Christina sobre la mesa. "Me quitaste a mi hermana. Me quitaste mis sueños de ser madre. Me quitaste dos años de mi vida que nunca recuperaré."

"Eso no fue mi culpa", espeta, la máscara deslizándose. "Si hubieras estado en casa donde pertenecías—"

"¿Donde pertenecía?" Mi risa suena histérica incluso para mis propios oídos. "¿Como una mascota? ¿Una posesión? ¿Es eso lo que Sarah es para ti? ¿Marina? ¿Cuántas más, Damien?"

Harrison se aclara la garganta. "Quizás deberíamos centrarnos en los términos. Estamos preparados para ofrecer dos millones—"

"Diez", interrumpe Claire suavemente. "Además ella conserva el Mercedes y el apellido Winslow para propósitos comerciales."

El rostro de Damien se oscurece. "Absolutamente no. El apellido no es negociable."

"Todo es negociable." Me inclino hacia adelante, dejando que mi voz baje a un susurro. "Al igual que tus votos matrimoniales eran negociables, aparentemente. ¿Cuántos miembros de la junta saben sobre tus... actividades extracurriculares? ¿Deberíamos mostrarles las fotos? ¿Los videos?"

"No te atreverías." Pero veo el miedo parpadeando en sus ojos. "Piensa en lo que estás haciendo, Sasha. Piensa en Ellie."

La mención de mi sobrina golpea como un golpe físico. Seis años, con los ojos y la sonrisa de Christina. Adam apenas me deja verla, me culpa por la muerte de Christina. Damien incluso le dijo a Adam que fue mi culpa una semana después de que dejé la mansión. Pero me niego a dejar que me la quite también.

"Pienso en ella todos los días", digo, mi voz firme a pesar del dolor que aplasta mi pecho. "Pienso en cómo nunca tendré un hijo propio porque tú mataste ese sueño. Pienso en cómo perdió a su madre por tu mierda controladora. Pienso en cómo voy a pasar el resto de mi vida tratando de ser digna de ser su tía, de mantener viva la memoria de Christina."

"Diez millones", repite Claire. "El coche. El apellido. Y una cláusula que te impida interferir en su relación con Ellie."

Damien me mira durante un largo momento. Sostengo su mirada firmemente, dejándole ver cada onza de odio que he acumulado durante los últimos dos años. Finalmente, asiente una vez.

"Bien. Diez millones. El coche. El apellido. Pero quiero por escrito que nunca hablarás públicamente sobre nuestro matrimonio."

"Hecho." Claire saca el papeleo que ya tenía preparado. Siempre dos pasos por delante, mi mejor amiga.

Mi mano no tiembla mientras firmo mi nombre. La firma de Damien sigue, trazos de tinta furiosos que delatan su rabia. Mientras me levanto para irme, me agarra la muñeca.

"Nunca dejaré de amarte, Sasha", susurra, y por un momento veo un destello del hombre del que me enamoré. "Todavía podríamos arreglar esto."

Retiro mi mano, sintiendo el fantasma de su toque como una marca en mi piel. "Tienes una forma curiosa de mostrar amor, Damien. No me vuelvas a hablar."

El Maybach se siente diferente en el viaje de regreso a mi hotel, más ligero de alguna manera. Claire aprieta mi mano. "Lo hiciste, chica. Eres libre."

Miro la foto de Christina otra vez. Mi hermana, que nunca verá a su hija crecer. Que nunca verá el lanzamiento de Winslow Designs el próximo mes. Que nunca sabrá que su muerte no fue en vano—me dio la fuerza para finalmente liberarme.

"No completamente libre", susurro. "No hasta que haga algo de mí misma. Algo que la haría sentir orgullosa."

"La línea de joyería va a ser increíble", me asegura Claire.

Asiento, pero por dentro, mi corazón susurra: Esto es solo el principio. Porque diez millones no son suficientes. El apellido no es suficiente. Nada será suficiente hasta que haya construido mi propio imperio, hasta que haya demostrado que Damien Winslow no me rompió—solo me mostró lo fuerte que realmente soy.

La lluvia ha parado cuando llegamos a mi hotel, el sol abriéndose paso entre las nubes como una metáfora de la naturaleza misma. Me vuelvo hacia Claire, atrayéndola en un fuerte abrazo. "Gracias", susurro contra su cabello expertamente peinado. "Por todo."

"De nada, Sasha. Llámame más tarde", me devuelve el abrazo.

El conductor aparece en mi puerta, impecable en su uniforme negro, abriendo un elegante paraguas negro a pesar de que el cielo se está despejando. Mis Louboutins resuenan contra el mármol pulido de la entrada del The Peninsula, las manos enguantadas en blanco del portero abriendo las puertas de cristal con ribetes de latón con un floreo practicado. "Bienvenida de nuevo, Señora Winslow."

El familiar aroma de orquídeas frescas y sutil sándalo me envuelve mientras cruzo el vestíbulo. Casi tres semanas en este capullo de cinco estrellas, y ya se siente más como un hogar de lo que la mansión jamás lo hizo. Sin embargo, es temporal. Con el acuerdo de hoy, puedo empezar a buscar áticos—algo con ventanales enormes y una vista que haga que Manhattan parezca que es mía para conquistar.

El ascensor sube suavemente, todo espejos y molduras doradas. Examino mi reflejo: el traje de Chanel perfectamente planchado y ni un cabello fuera de lugar. Cada centímetro la figura de poder que necesito ser. Pero mis ojos—me delatan. Demasiado atormentados.

Mi suite se abre con un escaneo de huella digital, la pesada puerta se desliza en silencio hacia mi santuario temporal. La luz de la tarde se filtra por el muro de ventanas, atrapando las gotas de cristal de la lámpara de araña y esparciendo arcoíris por las paredes color crema.

Me despojo de mi gabardina Burberry, dejándola caer sobre una silla dorada antes de quitarme los tacones. La mullida alfombra es el cielo contra mis pies enfundados en medias mientras camino hacia las ventanas, apoyando mi frente contra el cristal frío. A sesenta pisos de altura, la ciudad se extiende ante mí como una promesa brillante.

"Lo logré, Christina", susurro, viendo cómo mi aliento empaña el cristal. Una lágrima solitaria se escapa antes de que pueda detenerla, deslizándose por mi mejilla. La limpio con mano decidida.

No más llanto. En su lugar, tomo mi teléfono para llamar a mi sobrina.

Le compré a Ellie un iPhone especial con una funda morada y pegatinas de unicornios. Recuerdo cómo su carita se iluminó de alegría.

Pero cuando la llamo, me envía directamente al buzón de voz.

Se me revuelve el estómago mientras marco el número de Adam. Un tono. Dos. Tres.

"¿Qué quieres, Sasha?" Su voz suena recelosa. Hubo un tiempo en que casi éramos amigos, cuando Christina vivía y el mundo tenía sentido.

"Hola, Adam." Mantengo mi voz cuidadosamente neutral. "Intenté llamar al teléfono de Ellie..."

"Lo tiré." Las palabras caen como golpes. "Las niñas de seis años no necesitan teléfonos. Christina nunca lo habría permitido."

Me trago la respuesta furiosa que sube a mis labios. Christina tampoco habría permitido que usaras su muerte como un arma. En su lugar, respiro hondo. "¿Puedo hablar con Ellie? Ha pasado una semana."

El silencio se alarga tanto que casi pienso que ha colgado. Contengo la respiración, presionando mi palma contra el cristal de la ventana.

"Espera."

Hay un ruido de fondo, y entonces—"¡Tía Sasha!" Su voz estalla a través del altavoz.

"¡Hola, princesa!" Logro decir, el alivio hace que mis rodillas flaqueen. Me hundo en el asiento de la ventana. "¿Cómo está mi niña favorita?"

"¡Saqué un sobresaliente en mi examen de ortografía! Y Jenny me invitó a su fiesta de cumpleaños, y papá dice que puedo ir si termino toda mi tarea esta semana, ¡y se me cayó otro diente!"

Cierro los ojos, dejando que su parloteo me envuelva. Suena tanto a Christina a esa edad—puro entusiasmo y alegría. "¡Eso es increíble, mi amor! Estoy tan orgullosa de ti. ¿Te estás portando bien con tu papá?"

"Ajá. ¿Tía Sasha? ¿Puedes llevarme mañana al parque? ¿El que tiene los columpios buenos?"

Mi corazón da un vuelco. "Cariño, me encantaría—"

"Ellie." La voz de Adam interrumpe. "Hora de hacer la tarea. Despídete."

"Pero papá—"

"Ahora, Ellie."

"¡Adiós, tía Sasha! ¡Te quie—" La línea se corta.

El silencio en mi suite ahora se siente opresivo. Recuerdo la noche en que Christina murió con perfecta claridad. Cómo Adam me había llamado, preguntando por su esposa. Cómo le prometí

que pronto estaría en casa y que me aseguraría de que llegara sana y salva.

Entonces llegó el equipo de seguridad de Damien, y...

Me aparto de la ventana, dirigiéndome al carrito de bebidas. El Château Margaux fluye oscuro y rico en la copa de cristal, una pequeña fortuna en cada sorbo. El baño es mi destino, el lujo de mármol y oro me espera.

La bañera se llena de agua humeante, el aceite de baño Jo Malone creando nubes de aroma a lavanda. Me hundo, dejando mi copa de vino en el borde de mármol. El calor se filtra en mis músculos, y por un momento, solo un momento, casi me relajo.

Entonces el recuerdo golpea—Christina y yo en la bañera cuando éramos niñas, jugando a ser sirenas con las burbujas de mamá hasta que el agua se enfriaba. Su risa haciendo eco en los azulejos. Su mano salpicándome agua en la cara. Su voz diciendo *"Siempre estaré aquí para ti, hermanita."*

La copa de vino se desliza de mis dedos, haciéndose añicos contra el mármol mientras un sollozo desgarra mi garganta. Me deslizo bajo la superficie, dejando que el agua ahogue mi grito de rabia y dolor.

Cuando emerjo, con el agua corriendo por mi rostro, hago un juramento: Nunca más. Nunca amar. Nunca confiar. Nunca dejar que nadie se acerque lo suficiente para destruirme como lo hizo Damien. Construiré mi imperio, protegeré a Ellie desde la distancia, y mantendré mi corazón congelado donde nadie pueda alcanzarlo.

SASHA

Un año después.

Manhattan resplandece bajo mis pies, sesenta pisos de altitud y actitud entre la ciudad y yo.

Mi oficina en Winslow Designs domina la esquina del edificio, enormes ventanales ofreciendo una vista que me costó dos millones del dinero de Damien. Valió cada centavo. La boutique ocupa la planta baja—todas las vitrinas relucientes y la iluminación sutil diseñada para hacer bailar los diamantes y brillar el platino. Pero aquí arriba es donde ocurre la magia.

Paso mi dedo por el borde de mi escritorio de cristal, buscando polvo. No encuentro nada. Bien. Ya no tolero la imperfección. El sol de la mañana se refleja en mi propia creación—una delicada pulsera de diamantes de nuestra colección de verano, sus piedras dispuestas como gotas de luz de luna congelada en mi muñeca. Un recordatorio de lo lejos que he llegado.

"Señora Winslow", la voz de Amanda suena a través del intercomunicador, precisa y profesional. "Su reunión de diseño de las nueve está lista para comenzar."

"¿Las especificaciones de la nueva colección?"

"Cargadas en la pantalla de presentación. El servicio de café está listo, y he organizado las muestras del taller. Además, Claire llamó—quería confirmar el almuerzo para mañana."

Una sonrisa se dibuja en mis labios a pesar de mí misma. Claire, recién casada y asquerosamente feliz con su James.

La boda el mes pasado había sido todo lo que ella merecía—íntima, elegante y llena de amor verdadero, no del tipo manufacturado que llenaba mis propias fotos de boda. Al menos una de nosotras escapó del destino de estar divorciada a los veintinueve con nada más que recuerdos amargos y problemas de confianza para mostrar.

"Confírmalo para el mediodía." Me pongo de nuevo mis Louboutins—tacones de diez centímetros que cuestan más de lo que solía ganar en un mes antes de Damien. Antes de aprender

lo que realmente cuesta el poder. "No me pases llamadas a menos que sea sobre Ellie."

La sala de conferencias queda en silencio cuando entro, mi equipo de diseño enderezándose en sus sillas como escolares atrapados pasando notas.

La pantalla montada en la pared muestra la primera pieza de la colección de otoño—una cascada de diamantes engastados en oro blanco, diseñada para trazar la curva del cuello de una mujer como lágrimas congeladas.

"Buenos días." Me acomodo en mi silla en la cabecera de la mesa, organizando mi portafolio con movimientos precisos. "No perdamos tiempo. Marco, háblame de la estrategia de precios para la pieza principal."

Marco se aclara la garganta, revolviendo sus papeles. Sus dedos tiemblan ligeramente—todavía está nervioso después del desastre de la semana pasada con la colección de zafiros. "Dado la complejidad del engaste y la calidad de las piedras, estamos considerando un precio de venta al público de setenta y cinco mil para la pieza principal. Los pendientes complementarios a veinticinco mil, haciendo un total de cien mil por el conjunto."

Tomo la lima de uñas de mi portafolio, examinando mi manicura ya perfecta. El silencio se alarga mientras lo dejo sudar. "Interesante enfoque. Sandra, ¿tus pensamientos?"

Sandra se sienta más erguida, su blazer un poco demasiado moderno para mi gusto. "La investigación de mercado sugiere—"

"La investigación de mercado sugiere exactamente lo que ya sé", interrumpo. "Nuestros clientes no quieren accesible. Quieren exclusivo. Ciento veinte mil por el conjunto, mínimo. Siguiente."

"Pero Señora Winslow", interviene Jennifer, su voz tensa de frustración, "si ajustamos el engaste del colgante para incluir las gotas de esmeralda adicionales que sugirió Marco—"

"Absolutamente no", espeta Marco, el color subiendo a sus mejillas. "Las líneas limpias del diseño original—"

"Son aburridas y seguras—"

"Son elegantes y atemporales—"

"Me están dando sueño", intervengo, observándolos discutir como niños peleando por juguetes. Continúo limando mis uñas con movimientos metódicos. Un minuto pasa. Dos.

"Suficiente." Mi voz corta su discusión como una navaja. "Ambos diseños son basura. Empiecen de nuevo."

"¿Qué?" El rostro de Jennifer palidece. "Pero hemos estado trabajando en estos durante semanas—"

"Y ahora trabajarán en algo más." Deslizo la lima de uñas de vuelta a mi portafolio y me pongo de pie. "No tengo tiempo para disputas de patio de recreo en mi sala de juntas. O aprenden a colaborar profesionalmente, o buscan nuevos trabajos. Tienen hasta mañana por la mañana para presentar una visión unificada."

"Señora Winslow, por favor", empieza Marco, pero lo corto con una mirada.

"Mañana por la mañana. Y Jennifer, Marco: si no pueden ponerse de acuerdo en un diseño para entonces, ni se molesten en venir. Esto no es una democracia—es una marca de lujo con mi nombre. Espero excelencia."

El sonido de mis tacones contra el mármol me acompaña de vuelta a mi oficina, donde Amanda espera con café fresco en mi taza favorita de Wedgewood. El aroma del café premium con un toque de vainilla llena el aire.

"Peter llamó otra vez", dice, su expresión cuidadosamente neutral. "Está bastante insistente con lo de la cena."

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco. Peter. Mediocre en la cama, excelente en volverse pegajoso. La última vez que lo dejé entrar en mi ático, intentó quedarse a desayunar. Como si dos orgasmos decentes y algo de charla sucia moderadamente aceptable le hubieran ganado privilegios para pasar la noche.

"¿Le dijiste que estaba en una reunión?"

"Lo habría hecho, pero es la excusa de ayer." Los labios de Amanda se curvan. "¿Quiere que le diga la verdad esta vez?"

"Sí." Tomo un sorbo de café perfectamente preparado. "Dile que no estoy interesada en continuar nada."

"Por supuesto, Señora Winslow." Revisa su tablet. "La Señora Smith del Consejo de Moda de París estará aquí en diez minutos para discutir el showcase benéfico."

"Perfecto. Eres la mejor, Amanda." Le guiño un ojo antes de volverme hacia mi computadora. Ha sido un regalo del cielo este último año, anticipando mis necesidades, manejando el caos de construir una marca de lujo desde cero. He pasado por tres responsables de redes sociales y dos contadores, pero Amanda sigue siendo irreemplazable.

El suave timbre de mi intercomunicador interrumpe mi concentración. "La Señora Smith está aquí."

Genevieve Smith entra en mi oficina como la diosa parisina que es. "Querida, te ves divina. Ese collar—¿es uno de los tuyos?"

Toco el delicado colgante de diamantes en mi garganta. "Sí. De la colección de verano. Edición limitada."

"Magnifique." Se acomoda en una de mis sillas para visitantes, cruzando las piernas con elegancia. "Ahora, sobre esta oportunidad. La Gala Benéfica de Moda es el evento de la temporada en París. Televisado mundialmente, todos los principales diseñadores y casas de moda en asistencia. Y este año, queremos que Winslow Designs tenga un papel prominente."

Mantengo mi expresión neutral, pero mi pulso se acelera. Esto es—el tipo de exposición que convierte una marca prometedora en un nombre global.

"Proporcionaremos las modelos, por supuesto", continúa Genevieve. "Diez de nuestras mejores chicas, desfilando exclusivamente con tus piezas. El show es este sábado por la noche en el Grand Palais."

"¿Este sábado?" Arqueo una ceja, aunque mi calendario ya está libre. Nunca dejes que vean que estás demasiado ansiosa. "Es un aviso bastante corto."

"¿Para alguien de tu calibre? Estoy segura de que puedes manejarlo." Su sonrisa se ensancha. "La exposición valdrá la pena, querida. Piensa en la publicidad—Winslow Designs apoyando la educación infantil en comunidades desfavorecidas. Tus piezas estarán adornando los cuellos más hermosos de París."

Me recuesto en mi silla, dejándola esperar lo suficiente para que se inquiete. "Envíame los términos por correo electrónico. Haré que mi equipo los revise hoy."

"¡Maravilloso!" Se pone de pie, ofreciendo su mano. "Esperamos trabajar contigo, Señora Winslow."

En el momento en que la puerta de mi oficina se cierra tras ella, agarro mi teléfono.

Yo: ***"Acabo de conseguir un showcase en la Semana de la Moda de París. Este sábado."***

Claire: ***"¡Dios mío! ¡Es increíble! ¡Ojalá pudiera ir!"***

Yo: ***"¿Por qué no vienes? Haremos un viaje de chicas."***

Claire: ***"No puedo. Estoy organizando la cena del domingo con los padres de James.*** 😭 ***Por cierto, ¿Adam te deja cuidar a Ellie esta noche?"***

Yo: ***"Solo si su cita no cancela otra vez. Se está abriendo paso entre las solteras más elegibles de Manhattan. Solo soy la niñera gratuita, pero acepto cualquier momento que pueda pasar con mi sobrina."***

Dejo el teléfono a un lado, tomando otro sorbo de café que se ha entibiado. No es que me queje de los hábitos de citas de Adam. Hace un año, no me dejaba acercarme a Ellie. Ahora me llama

primero cuando necesita una niñera, su desesperación por encontrar el amor de nuevo trabajando a mi favor.

Volviéndome hacia mi portátil, abro mi correo electrónico, luego me detengo cuando una alerta de noticias llama mi atención. Mi estómago se revuelve mientras hago clic en el enlace—ahí está. Damien Winslow, luciendo arrogantemente guapo en alguna gala benéfica, y en su brazo...

Me inclino más cerca de la pantalla, la bilis subiendo por mi garganta. Podría ser mi gemela, hasta los ojos color avellana y el cabello castaño. Pero donde yo nunca habría sido vista en público usando algo tan revelador durante mi matrimonio, ella lleva un vestido que apenas cubre lo necesario. Una imitación de Versace que grita nuevo dinero tratando demasiado.

"Amateur", murmuro, pero no puedo apartar la mirada. Hay algo en sus ojos que reconozco—una mirada de animal atrapado que solía ver en el espejo. La forma en que está inclinada hacia él no es devoción, es sumisión. Su sonrisa no llega a sus ojos, igual que la mía nunca lo hizo. Probablemente se queda por el estatus, la seguridad, diciéndose a sí misma que vale la pena.

Amplío la imagen en su rostro, estudiando la cuidadosa máscara que ha construido. Todavía no ha aprendido que ninguna cantidad de diamantes puede compensar la muerte lenta de tu alma. Que Damien Winslow es incapaz de una relación saludable porque no quiere una compañera—quiere una marioneta.

Un golpe en mi puerta me hace cerrar rápidamente la pestaña del navegador. No me van a pillar mirando fotos de mi ex marido. Ya no es mi problema.

"¿Señora Winslow?" Amanda entra, tablet en mano. "El equipo de diseño ha creado algo nuevo. Quisieran su aprobación."

Me levanto, alisando mi falda. "Bien, veamos si han aprendido a llevarse bien."

Al salir de mi oficina, dejo atrás los pensamientos sobre Damien y su nueva víctima. Tengo un imperio que dirigir y, a diferencia de él, no necesito destruir a nadie para sentirme poderosa.

La sala de conferencias se siente diferente esta vez—menos tensión, más expectación. Marco y Jennifer están en lados opuestos de la pantalla de presentación, manteniendo una distancia profesional mientras se lanzan miradas furtivas de desaprobación. Al menos lo están intentando.

"Muéstrenme", digo, acomodándome en mi silla.

El diseño aparece en pantalla—una obra maestra de platino y diamantes, con delicados hilos de oro rosa entretejidos como el amanecer rompiendo a través de la escarcha. Es todo lo que el diseño anterior no era: innovador, elegante e innegablemente Winslow.

"Pensamos en lo que nos dijo", comienza Jennifer, su voz firme a pesar de sus obvios nervios. "Sobre la colaboración."

Marco asiente, dando un paso adelante. "Lo del oro rosa fue idea de Jennifer. Al principio me opuse, pero—" mira hacia ella, con algo casi como respeto en su expresión, "—tenía razón. Suaviza la pieza sin comprometer su fuerza."

Estudio el diseño. Es perfecto, la verdad. "Bien. ¿Cuál es el cronograma de producción?"

"Podemos tener el prototipo listo para París", dice Jennifer rápidamente. "Si lo aprueba."

Mi teléfono vibra en mi regazo. El nombre de Adam ilumina la pantalla: ***"¿Podrías estar aquí en una hora? Tengo que ir a un sitio esta noche. Volveré alrededor de las 7 de la mañana."***

Mi corazón salta a mi garganta. Una noche entera con Ellie. Estos son los momentos por los que vivo ahora.

"El diseño está aprobado." Me levanto, recogiendo mis cosas. "Pónganlo en producción inmediatamente. Necesito irme temprano—asunto familiar."

Intercambian miradas sorprendidas, pero ya me dirijo hacia la puerta. Mi mente ya está adelantándose a películas de princesas y bocadillos de medianoche con mi sobrina.

En mi oficina, agarro mi bolso y prácticamente corro al ascensor, mis dedos volando sobre la pantalla del teléfono: ***"En camino. 30 minutos máximo."***

Las puertas del vestíbulo se abren de golpe y me precipito a través de ellas, todavía escribiendo mensajes—entonces choco contra lo que parece una pared de músculo. Unas manos fuertes atrapan mi cintura, estabilizándome. El aroma me golpea primero—colonia cara con notas de cedro y algo más oscuro, más primitivo. Entonces levanto la mirada hacia unos ojos tan verdes que no pueden ser reales, enmarcados por espesas pestañas oscuras que pertenecen a un anuncio de revista.

Julian Westwood.

Lo conozco, por supuesto. Todo el mundo lo conoce. Multimillonario tecnológico, genio empresarial y protagonista de más de una de mis fantasías inapropiadas. Un metro ochenta y ocho de pura perfección masculina. Su pelo oscuro está artísticamente despeinado, como si acabara de levantarse de la cama luciendo así de bien. Lo he visto en galas benéficas, reuniones de directorio con Damien, siempre desde una distancia segura. Siempre preguntándome cómo se sentiría tener esas manos sobre mí.

Ahora lo sé. Son cálidas, fuertes, y envían chispas de electricidad por mi cuerpo incluso a través de la seda de mi blusa.

"¿Estás bien?" Su voz es profunda, con un toque de diversión que hace que el calor se acumule en mi vientre.

Me quedo mirando un momento de más, perdida en esos imposibles ojos verdes. Su colonia me envuelve como una caricia—algo tan masculino que me dan ganas de enterrar mi cara en su cuello e inhalar.

La realidad regresa de golpe. Doy un paso atrás, quitando sus manos de mi cintura con toda la dignidad que puedo reunir, tratando de ignorar cómo mi piel hormiguea donde me tocó. "Sí, estoy bien. Gracias."

"Bien." Sus labios se curvan en una sonrisa conocedora que debería ser ilegal en al menos cuarenta estados. "Quizás no deberías escribir mensajes mientras caminas."

Arqueo una ceja, luchando contra el impulso de dejar que mi mirada se deslice hacia donde su camisa se estira sobre su pecho. "Quizás tú no deberías agarrar mujeres por la cintura. Intenta los hombros la próxima vez, si puedes resistir la tentación de propasarte."

Se ríe, un sonido rico que no hace nada para ayudar a mi compostura ya comprometida. "Si hubiera hecho eso, estarías cara al suelo ahora mismo." Sus ojos recorren mi rostro, deteniéndose en mis labios de una manera que me hace querer mostrarle exactamente cuán peligrosa puedo ser. "Y solo intentaba asegurarme de que no te lastimes esa cara tan bonita. Aunque algo me dice que eres más que capaz de cuidarte sola."

"Oh, me cuido perfectamente bien", digo, dejando que un toque de sugerencia coloree mi tono antes de poder detenerme. "Y no necesito que me salven, especialmente no por hombres que piensan que atrapar a una mujer les da derecho a coquetear con ella."

"¿Eso es lo que estoy haciendo? ¿Coqueteando?" Da un paso más cerca, y por un momento olvido cómo respirar. "Pensé que solo estaba siendo un buen samaritano."

"Por favor." Pongo los ojos en blanco, aunque mi corazón está acelerado. "Eres tan samaritano como yo damisela en apuros."

Su sonrisa se vuelve traviesa. "Entonces somos la pareja perfecta, ¿no crees?"

El calor florece en mi pecho, pero lo suprimo despiadadamente. No tengo tiempo para esto. Más importante aún, no tengo espacio en mi vida para la forma en que me hace sentir—como si tal vez el hielo alrededor de mi corazón no fuera tan impenetrable como pensaba. Como si tal vez todavía hubiera una parte de mí que quiere jugar con fuego, aun sabiendo que me quemaré.

"No exageremos." Paso a su lado, orgullosa de que mi voz se mantenga firme a pesar de que mi cuerpo me grita que me quede, que vea adónde podría llevar esta electricidad entre nosotros. "Tengo que irme."

Siento sus ojos sobre mí mientras me alejo, mis tacones resonando contra el pavimento en un ritmo que coincide con mi corazón acelerado. No miro atrás, aunque cada célula de mi cuerpo

grita por un último vistazo de esos ojos verdes.

Mi sobrina está esperando. Ella es más importante que cualquier hombre, sin importar cuán magnético sea. He aprendido a pensar con la cabeza, no con el corazón—y mi cabeza dice que Julian Westwood es exactamente el tipo de distracción que no puedo permitirme.

Aunque mi cuerpo traidor no esté de acuerdo.

SASHA

El sol del atardecer proyecta largas sombras sobre la modesta casa colonial de dos pisos de Adam, convirtiendo las ventanas en oro fundido.

Es idéntica a todas las demás casas de la calle arbolada—un césped impecable bordeado de hostas púrpuras, un sensato Honda en la entrada, la bicicleta rosa de una niña volcada cerca de los escalones de la entrada. Las campanillas de viento de Christina aún cuelgan del porche, tintineando suavemente en la brisa vespertina.

Mi hermana convirtió este lugar en un hogar con alegres jardineras y felpudos acogedores. Me encanta que Adam no haya intentado borrar su memoria.

Respiro hondo y salgo del coche. Me aliso la falda antes de tocar el timbre, escuchando el estruendo de pequeños pies acercándose.

La puerta se abre revelando a Adam en su atuendo de cita—pantalones caqui planchados y una camisa azul abotonada que, como siempre decía Christina, resaltaba sus ojos. Un toque de colonia sugiere que realmente se está esforzando esta noche. Detrás de él, Ellie se balancea sobre las puntas de sus pies, ya en su pijama favorito de unicornios, ese con pequeñas estrellas que brillan cuando se mueve.

"¡Tía Sasha!" Se lanza hacia mí, y me arrodillo, sin importarme que mi traje de diseñador toque el felpudo. Su abrazo huele a champú de fresa e inocencia infantil, sus delgados brazos apretando fuerte alrededor de mi cuello. "¡Papá dice que me puedo quedar toda la noche! ¿Podemos ver Frozen? ¿Y hacer palomitas? Y—"

"Respira, cariño", río, dándole un beso en la frente. No importa cuán duro haya sido mi día, ni qué muros haya tenido que construir, Ellie los derrite todos. "Podemos hacer lo que quieras."

"Dentro de lo razonable", añade Adam, pero hay un atisbo de sonrisa en sus labios. Me entrega una mochila rosa cubierta de parches de mariposas, algunos empezando a despegarse en los

bordes. "Su bolso para la noche está listo. Ya hizo la tarea, pero debe estar en la cama a las nueve."

"¿Nueve y media?", intenta Ellie, mirándonos a ambos con sus mejores ojos de cachorro—los ojos de Christina, hasta las pequeñas motas doradas cerca de las pupilas.

"Buen intento, monita", Adam le revuelve el pelo. "A las nueve. Y pórtate bien con tu tía."

"¡Siempre me porto bien!", protesta Ellie, haciéndonos reír a ambos—un sonido que habría sido imposible hace un año.

"Eh, te lo agradezco, Sasha", dice Adam, con voz cuidadosamente neutral pero más suave que antes.

"Cuando quieras." Me pongo de pie, manteniendo la mano de Ellie en la mía. Sus pequeños dedos están cálidos y confiados contra mi palma. "Lo digo en serio, Adam. Te mereces salir, encontrar la felicidad de nuevo." Dudo, luego añado: "Christina querría eso. Odiaría pensar que te quedarías solo para siempre."

Traga saliva, su nuez de Adán moviéndose. La tensión entre nosotros no ha desaparecido, pero es diferente ahora. Más suave en los bordes, como una vieja herida que finalmente empieza a sanar.

"Sí, bueno. Diviértete con tu tía, cariño."

"¡Te quiero, papi!", Ellie abraza sus piernas antes de brincar hacia mi coche.

En el Mercedes, enciendo la radio, encontrando la emisora pop favorita de Ellie. Las notas iniciales de alguna princesa del pop llenan el coche mientras ella parlotea sobre su día—sobre cómo Jenny tendrá una fiesta de cumpleaños temática de unicornios el próximo fin de semana, sobre el examen de ortografía que aprobó con nota perfecta, sobre el niño que le tiró del pelo en el recreo.

"Y entonces la señorita Peterson dijo..." Se detiene, repentinamente callada. Miro por el espejo retrovisor y la veo jugando con la delicada pulsera de plata en su muñeca—la que Christina le regaló en su cuarto cumpleaños, grabada con las palabras 'Para mi pequeña estrella'.

"¿Qué pasa, mi amor?"

"Echo de menos a los abuelos", dice suavemente, su voz pequeña en el gran coche. "Papá no me ha llevado a verlos en mucho tiempo. No desde..." No termina, pero sé lo que quiere decir. No desde que Christina murió.

Mi corazón se encoge. Miro la hora en el tablero—apenas las siete. "Oye, ¿qué te parece si les damos una sorpresa? ¿Cenamos en su casa?"

Su rostro se ilumina por completo, el dolor olvidado en un instante. "¿De verdad? ¿Podemos? ¿Ahora mismo?"

"Ya estoy dando la vuelta, mi amor." Saco mi teléfono y se lo paso. "¿Quieres llamar a la abuela por mí? Dile que vamos."

Toma el teléfono con reverencia—siete años y ya mejor con la tecnología que mi madre jamás será. "¡Hola, abuela! ¿Adivina qué? ¡La tía Sasha me lleva a cenar! ¿Puedes hacer esos panecillos? ¿Los que están tan buenos?"

El viaje fuera de la ciudad se siente como viajar atrás en el tiempo. Los elegantes rascacielos dan paso a los suburbios, luego a jardines reales con columpios y gnomos de jardín, luego a tramos de bosque donde Christina y yo solíamos imaginar que vivían las hadas. La casa de mamá y papá aparece después de una curva familiar, exactamente igual que toda mi vida—la pintura blanca quizás un poco más descolorida, el jardín un poco más salvaje, pero sigue siendo hogar. Sigue siendo el lugar donde Christina y yo jugábamos a la rayuela en el agrietado camino de entrada y trepábamos al arce del frente hasta que mamá nos llamaba para cenar.

Les he ofrecido docenas de veces comprarles algo más nuevo, más grande, más cerca de la ciudad. Mamá siempre dice lo mismo: "El recuerdo de tu hermana vive en estas paredes, Sasha. No nos vamos a ninguna parte."

La puerta principal se abre antes de que lleguemos, derramando luz cálida sobre el porche. Mamá aparece, limpiándose las manos en el delantal que ha usado desde que tengo memoria, harina ya espolvoreando su cabello plateado. "¡Aquí están mis niñas!"

Ellie corre hacia ella, y observo a mi madre abrazarla, lágrimas brillando en sus ojos. "¡Mira qué alta estás! Eres la viva imagen de tu mamá a esta edad." Su voz se quiebra en la palabra 'mamá' pero lo cubre con una brillante sonrisa. "Ven a ayudarme en la cocina. Estoy haciendo panecillos."

Papá aparece detrás de ella, sus gafas de profesor de inglés posadas en su cabeza donde siempre las olvida. Su suéter tiene parches en los codos—algunas cosas nunca cambian. Me envuelve en un abrazo de oso que huele a tabaco de pipa y libros viejos, el mismo aroma que se adhería a mis cuentos de la infancia. "Esta es una linda sorpresa, calabacita."

Dentro, la casa está exactamente como siempre ha estado—muebles ligeramente gastados construidos para la comodidad más que para el estilo, paredes cubiertas de fotos familiares documentando cada hito. El rostro de Christina nos sonríe desde una docena de marcos, eternamente joven, eternamente feliz. Mi garganta se aprieta ante una foto de nosotras en mi boda—antes de que todo se desmoronara, antes de que supiera quién era realmente Damien. Nos veíamos tan jóvenes, tan ingenuas.

"Estoy haciendo pastel de pollo", anuncia mamá, dirigiéndose ya a la cocina. "Tu favorito, Ellie-cariño. Ven a ayudar a la abuela con los panecillos."

Las sigo, apoyándome en la encimera que todavía tiene la muesca de cuando Christina intentó cortar su propio pastel de cumpleaños a los seis años. Ellie está de pie en su taburete especial, con la lengua asomando en concentración mientras ayuda a amasar con manos torpes y ansiosas.

"Con cuidado, mi amor", mamá la guía suavemente. "No muy delgado. Eso es, así mismo. Eres una natural, igual que tu mamá."

"La Semana de la Moda de París quiere exhibir mi línea de joyería", digo casualmente, observando las manos de mamá detenerse en el rodillo.

"¡Sasha!" Se gira, con harina en la mejilla. "¡Eso es maravilloso, cariño! ¿No es maravilloso, John?"

Papá levanta la vista de donde está poniendo la mesa con los platos desparejados que hemos tenido desde siempre. "Esa es mi niña. Siempre supe que lo tenías en ti. Tu hermana estaría tan orgullosa."

"¿Puedo ir también, tía?", pregunta Ellie, su pequeño rostro serio bajo una capa de harina. "¡Quiero ver París!"

Le toco la nariz, dejando otra mancha de harina. "Cuando seas mayor, te lo prometo. Haremos todo París juntas—compras, museos, pasteles, todo."

"¿Promesa del meñique?"

"Promesa del meñique." Enlazo mi dedo perfectamente manicurado con el suyo cubierto de harina, sellando el trato.

La cena es ruidosa y cálida, llena de historias y risas. Mamá sigue presionando para que todos repitamos—"Estás muy delgada, Sasha. Toda esa vida elegante de la ciudad no te está alimentando bien"—y papá cuenta sus terribles chistes de profesor de inglés que de alguna manera aún nos hacen reír. No es elegante ni sofisticado, pero es real. Es familia.

"¿Recuerdan cuando Christina intentó hacer la cena de Acción de Gracias ella sola?", dice mamá, pasando los panecillos de nuevo. "¿Tenía qué, dieciséis?"

"Quemó el pavo negro como el carbón", papá se ríe. "Pero estaba tan orgullosa de esos pasteles de calabaza."

"Eran lo único comestible", añado, sonriendo ante el recuerdo. "Pedimos comida china y la comimos con sus pasteles de postre."

Para cuando terminamos de comer, los ojos de Ellie se están poniendo pesados, su cabeza cabeceando entre bocados del crumble de manzana de mamá.

"Deberíamos irnos", digo a regañadientes. El reloj sobre la estufa muestra que es bastante después de las ocho. "Ya es pasada la hora de dormir de alguien."

"¿Solo cinco minutos más?", suplica Ellie, pero un bostezo la traiciona. Se acurruca contra el costado de mamá, pareciéndose tanto a Christina que me hace doler el corazón.

Mamá se ocupa envolviendo las sobras en platos cubiertos con papel aluminio—suficiente comida para una semana, aunque sabe que tengo chef. "Llévate esto. Y vuelvan pronto, las dos. La casa está demasiado silenciosa estos días." Su voz se quiebra en las últimas palabras.

La abrazo fuerte, respirando el familiar aroma de su perfume floral. "Lo haremos, mamá. Lo prometo."

Papá me atrae hacia él, su gastado cárdigan suave contra mi mejilla. "Tan orgulloso de ti, calabacita. Construyendo tu propio imperio, cuidando de nuestra niña aquí." Mira a Ellie, que está dormitando contra el hombro de mamá. "Christina también estaría orgullosa."

El viaje de vuelta a la ciudad es tranquilo, Ellie profundamente dormida en el asiento trasero. La veo por el espejo retrovisor, pacífica y perfecta. Las luces de Manhattan crecen más grandes en mi parabrisas, un brillante recibimiento a casa. Mi edificio se eleva como una lanza de cristal y acero en el cielo nocturno, el portero corriendo para abrir la puerta de mi coche antes de que pueda siquiera ponerlo en estacionamiento.

"Buenas noches, señorita Winslow." James se toca la gorra en un gesto respetuoso. "¿Quiere que le ayude con la pequeña?"

"Yo la llevo", respondo en voz baja, acomodando el cuerpecito dormido de Ellie en mis brazos. Está creciendo demasiado rápido para esto, pero atesoro estos momentos mientras duren.

El ascensor se abre directamente a mi ático, y los sensores de movimiento iluminan nuestro camino con un resplandor dorado y tenue.

La gran sala se extiende ante nosotros, con paneles de cristal que revelan la ciudad brillante a nuestros pies. Todo está diseñado con una elegancia meticulosa.

Solo hay un espacio que rompe con la estética sofisticada: la habitación de Ellie, que en su origen debía ser una oficina. Es el sueño de cualquier niña. Paredes rosas pintadas a mano con delicadas flores de cerezo, luces de hadas titilando en el techo como si fueran estrellas atrapadas. La cama con dosel está vestida con sábanas tan suaves como las nubes, y los peluches están colocados exactamente como ella los dejó la última vez. En una esquina, hay una casa de muñecas que es una réplica exacta de su hogar con Christina.

La arropo con cuidado, le quito los zapatos y subo el edredón hasta su barbilla.

"Te quiero, tía Sasha…", murmura entre sueños.

"Te quiero más, princesa." Le doy un beso en la frente antes de salir, dejando que la luz nocturna proyecte sombras suaves de mariposas en la pared.

En mi propio santuario, comienzo el ritual de quitarme la armadura. El traje de Chanel queda perfectamente colgado en su funda, sin una sola arruga. Los Louboutin de cuatro pulgadas se alinean en su sitio junto a decenas de pares idénticos. Me desmaquillo con un limpiador francés, revelando a la mujer que se esconde bajo la pintura de guerra. En el espejo del baño, el reflejo que me devuelve la mirada parece más joven con mi bata de seda, más vulnerable. Más parecida a la chica que alguna vez creyó en el amor.

Debería irme a la cama. Mañana tengo un imperio que dirigir, una reputación que mantener. Pero en lugar de eso, mis dedos se mueven por sí solos, tecleando antes de que mi cerebro pueda detenerlos: **Julian Westwood.**

Su rostro llena la pantalla. Esa sonrisa devastadora, esos imposibles ojos verdes que me han atormentado toda la noche. En una foto del mes pasado, tomada en una conferencia tecnológica, lleva un suéter negro que no oculta la fuerza de sus hombros, ese tipo de elegancia casual que solo tiene alguien con absoluta seguridad en sí mismo. En otra imagen, aparece riendo en una gala benéfica, la cabeza echada hacia atrás, la garganta expuesta. Esa clase de risa que contagia a todos a su alrededor.

Mis dedos se deslizan hasta mi cintura, justo donde sus manos me sostuvieron, recordando el calor que traspasaba mi blusa de seda. La firmeza de su agarre. La manera en que me estabilizó con tanta facilidad. Ha pasado demasiado tiempo desde que un hombre me hizo sentir algo que no fuera desprecio. Desde que he querido inclinarme hacia un toque en lugar de apartarme de él.

Sacudo la cabeza mientras me meto en la cama.

"Esto es una estupidez…", murmuro, pero no cierro la pestaña.

Sigo deslizando el dedo por más fotos. Julian en reuniones de junta, luciendo como el magnate tecnológico que es. En su yate en el Mediterráneo, donde su bronceado hace que sus ojos resalten aún más. En la inauguración de su último centro tecnológico, rodeado de admiradores, pero con esa expresión que, de alguna manera, lo hace parecer solo.

Se ve igual de atractivo con un esmoquin que con ropa informal. Siempre con ese matiz de peligro en su sonrisa, ese brillo en los ojos que me hace contener el aliento. Como si supiera secretos sobre el placer que la mayoría de los hombres ni siquiera pueden imaginar. Como si pudiera enseñarme cosas sobre mí misma que he temido descubrir.

Un escalofrío me recorre el cuerpo mientras sigo admirando su presencia en línea. Un calor familiar se enciende dentro de mí, una necesidad que he ignorado por demasiado tiempo.

Dejo el teléfono a mi lado y me muevo ligeramente, sintiendo la frescura de las sábanas contra mi piel desnuda. Mis piernas se separan un poco, la anticipación haciendo que mi respiración se entrecorte. Mis pezones están sensibles, endureciéndose al paso de mis dedos mientras los deslizo lentamente por mi vientre, provocándome.

Julian. Solo su nombre me hace temblar. Su cuerpo esculpido, la manera en que sus ojos verdes parecen atravesar la pantalla… No puedo dejar de imaginarlo. Pero necesito más que una simple fantasía.

Alargo la mano hasta la mesita de noche, abro el cajón y envuelvo mis dedos alrededor de mi vibrador favorito. Liso, elegante y familiar, encaja perfectamente en mi mano.

Lo enciendo. El zumbido bajo vibra suavemente contra mi palma mientras lo acerco a mi cuerpo. Empiezo despacio, recorriendo mis pezones con la punta, dejando que las vibraciones envíen pequeños escalofríos de placer a través de mí. Mi respiración se corta mientras lo deslizo hacia abajo, la anticipación haciendo que mis muslos se tensen. Los separo aún más, mi otra mano rozando mi humedad antes de colocar el vibrador exactamente donde más lo necesito.

El primer contacto con mi clítoris envía un latigazo de placer a través de mí. Ahogo un jadeo, mis caderas elevándose ligeramente mientras lo presiono ahí, trazando círculos lentos y precisos. Las vibraciones son constantes, lo suficiente para hacerme retorcer, pero no lo bastante intensas como para llevarme al límite demasiado rápido.

Un suave gemido escapa de mis labios mientras aumento la presión, moviéndolo con ritmo deliberado. Mi cuerpo se tensa, los músculos en alerta, el placer construyéndose con cada segundo. Mi pulgar encuentra el botón de control y, con un clic, subo la intensidad un nivel.

"Mmmh…"

La diferencia es inmediata. Las vibraciones más fuertes hacen que mis piernas tiemblen y agarro las sábanas con la otra mano. Mi espalda se arquea, mi respiración se acelera a medida que el placer se expande dentro de mí.

Imagino las manos fuertes de Julian en mis caderas, su voz ronca y baja susurrándome exactamente lo que quiere hacerme.

El placer se acumula, cada vibración me eleva más. Mi cuerpo se tensa, el calor irradiando desde mi centro, mi mente nublada por la pura sensación. Mis caderas se balancean, persiguiendo la liberación que sé que está por llegar.

"Ohhh… sí… ahhh…"

Un último movimiento de mi muñeca, una presión más intensa contra mi clítoris, y finalmente me desmorono. Un grito ahogado escapa de mis labios mientras el orgasmo me golpea con

fuerza, mi cuerpo sacudido por espasmos de placer. Mis dedos se aferran a las sábanas, mis muslos tiemblan, y por un largo instante, simplemente me dejo ir.

Cuando las olas de placer disminuyen, suelto el vibrador, dejándolo caer a mi lado en la cama. Mi pecho sube y baja con cada respiración agitada, el calor todavía vibrando en cada fibra de mi ser.

La necesidad se ha calmado, la tensión disuelta, pero sé que esta no será la última vez que Julian alimente mis deseos.

Ni de cerca.

JULIAN

El dolor es solo debilidad abandonando el cuerpo.

El mantra resuena en mi cabeza mientras el sudor resbala por mi espalda, los músculos ardiendo en el silencio anterior al amanecer de mi gimnasio privado. A través de las ventanas del suelo al techo, Manhattan se extiende sesenta y nueve pisos más abajo. Todo el último piso de la Torre Westwood es mi santuario—cada pieza de equipamiento elegida con precisión, cada espejo estratégicamente ubicado. Incluso aquí, controlo cada detalle.

Me obligo a completar otra serie de dominadas, cada repetición medida y precisa. Diez años desde la escuela militar, y la disciplina todavía fluye por mis venas como acero. La rutina estricta, el dolor calculado—me mantiene agudo. Me mantiene hambriento. Cuando vales miles de millones, es fácil ablandarse. Lo he visto suceder a demasiados hombres que olvidaron lo que construyó sus imperios en primer lugar.

Yo no. Nunca yo.

A las seis, ya estoy duchado y vestido con un traje negro de Tom Ford. La tela susurra contra mi piel mientras ajusto mis puños, revisando mi reflejo en el espejo del baño. A los treinta y cinco, estoy en mejor forma que a los veinticinco. Más cicatrices, quizás, pero cada una ganada. Cada una una lección de lo que cuesta construir algo duradero.

El sol de la mañana aún no ha llegado entre los rascacielos, pero puedo ver movimiento en el edificio al otro lado de la calle. Winslow Designs. Incluso desde aquí, puedo distinguir una figura moviéndose detrás de las paredes de cristal de la oficina de la esquina.

Sasha.

El recuerdo de ayer me golpea como una fuerza física—su cuerpo presionado contra el mío, ese ligero temblor que sentí recorrerla cuando nuestras miradas se encontraron. El desafío en su postura incluso mientras su pulso se aceleraba bajo mis dedos. Ha cambiado desde su divorcio,

se ha vuelto más dura, más fría, más cautelosa. Pero ese fuego aún arde bajo el hielo. Lo sentí ayer.

"Su cita de las diez se canceló", anuncia Jonathan desde la puerta. Mi asistente entra con su eficiencia habitual, tableta en mano. "El equipo de interfaz neural necesita su aprobación para los nuevos protocolos, y la señorita Frank insiste en una reunión sobre el desarrollo del procesador cuántico."

Tomo un sorbo lento de café negro de mi taza favorita—cerámica negra simple, nada lujoso. Un recordatorio de dónde empecé. "Programa a Sarah para las dos. Y dile a Maxwell que su equipo tiene hasta el viernes para arreglar los problemas de codificación, o les retiro la financiación."

"Sí, señor." Duda, luego añade, "Mis fuentes confirman que la señorita Winslow presentará su nueva colección en la Semana de la Moda de París este fin de semana. La fiesta posterior es en __"

"Reserva el jet. La suite habitual en el Ritz." Reviso los informes matutinos en mi tableta, analizando los números de adquisición. Las acciones de Westwood Tech se han triplicado solo este año. No está mal para una empresa que mi padre dijo que fracasaría en seis meses.

"Ya está hecho." Los dedos de Jonathan vuelan sobre su tableta. "Aunque su padre llamó de nuevo. Quiere saber por qué se saltará la reunión de la junta."

"Mi padre puede querer muchas cosas." El viejo todavía cree que puede controlarme desde su oficina en Londres, todavía no puede aceptar que construí este imperio a mi manera en lugar de seguir su anticuado manual. El fondo fiduciario que me cortó cuando tenía veinticinco años no cubriría ni un día de mis costos operativos ahora.

Mis ojos vuelven al edificio de Sasha. Recuerdo la primera vez que la vi, hace cinco años en alguna gala benéfica. Yo acababa de romper un compromiso—otro de los intentos de mis padres por forzarme a encajar en su molde. Lily había sido perfecta en papel: dinero antiguo, crianza apropiada, todas las conexiones correctas. El tipo de mujer que se vería bien en fotos sociales pero nunca cuestionaría nada.

Lo cancelé un mes antes de la boda. Mi madre aún no me lo ha perdonado.

Entonces Sasha entró del brazo de Damien, y por primera vez en mi vida, deseé algo que no podía tener. Era más suave entonces, más ingenua, más dispuesta a creer en cuentos de hadas. Pero incluso entonces, había algo en sus ojos—una chispa de fuego que la naturaleza controladora de Damien no podía extinguir del todo.

Observé a lo largo de los años cómo lo intentaba. Vi cómo lentamente aplastaba su espíritu, la aislaba de sus amigos, la convertía en un trofeo en lugar de una compañera. Entonces su hermana

murió, y algo en Sasha se rompió. Pero en lugar de quebrarse por completo, convirtió esa ruptura en armadura.

Nunca me acerqué, nunca la toqué. No me entrometo con las esposas de otros hombres. Jamás.

Pero observé. Esperé.

El intercomunicador suena. "¿Señor Westwood? El equipo de desarrollo está listo para la reunión matutina."

Me levanto, abotonándome la chaqueta. "Diles cinco minutos."

El viaje en ascensor es rápido y silencioso. Los empleados se dispersan como peces pequeños mientras avanzo por el espacio abierto de trabajo, Jonathan dos pasos detrás. Capto fragmentos de conversaciones susurradas: "¿Viste los números trimestrales?"

"...el mejor año hasta ahora..."

"...dicen que hizo llorar a Anderson en la reunión de ayer..."

La sala de conferencias queda en silencio cuando entro. Sarah, mi jefa de investigación, está al frente con su presentación lista. Es una de las pocas que me mira directamente a los ojos—probablemente por eso ha durado más que la mayoría.

"Háblame sobre la integración cuántica."

Durante la siguiente hora, escucho mientras detalla nuestro progreso en computación de próxima generación. Hago preguntas incisivas. Observo a la gente removerse inquieta cuando no pueden responder. Esto es lo que construyó mi imperio—atención al detalle y cero tolerancia a la mediocridad.

De vuelta en mi oficina, estoy sirviéndome una taza fresca de café cuando Madison de Marketing aparece en mi puerta. Su reflejo en la ventana la muestra ajustándose su ya corta falda antes de entrar sin llamar. Un movimiento amateur.

"Señor Westwood." Su voz tiene ese tono practicado de respiración entrecortada que probablemente funciona con hombres inferiores. "Esperaba encontrarlo solo."

Me tomo mi tiempo añadiendo un toque de crema a mi café, dejándola hervir en el silencio. Cuando me giro, ya se ha acomodado en el borde de mi escritorio, piernas cruzadas para mostrar una cantidad inapropiada de muslo.

"Las proyecciones de marketing del cuarto trimestre", continúa, jugando con su bolígrafo de una manera que probablemente cree seductora. "Tengo algunas ideas que me encantaría discutir. ¿Tal vez durante la cena?"

Dejo mi café, manteniendo suficiente distancia para dejar claro que sus intentos de seducción están fracasando. "Señorita Taylor." Mi voz baja a ese registro silencioso que hace sudar a los

miembros de la junta. "Vamos a ser muy claros sobre varios puntos."
Se inclina hacia adelante, sus pechos presionándose lo suficiente para hacerlo obvio. Demasiado obvio. "Puedo ser muy clara sobre lo que quiero."
"Primero", continúo como si no hubiera hablado, "va a retirarse de mi escritorio. No es una silla, y usted no es un adorno."
Su sonrisa confiada vacila. "Solo pensé—"
"Segundo, va a recordar que no mezclo negocios con placer. Especialmente no con empleados que no pueden mantener límites profesionales." Dejo que mi mirada se deslice significativamente hacia su falda. "Y tercero, si quiere que la tomen en serio en esta empresa, confiará en su inteligencia en lugar de intentos de seducción gastados que nos insultan a ambos."
Se sonroja intensamente, bajándose del escritorio como si de repente estuviera ardiendo. "Yo... no pretendía..."
"Jonathan la ayudará a programar un horario apropiado para discutir esas proyecciones." Me vuelvo hacia la ventana. "Durante horas de trabajo. Con vestimenta apropiada para negocios."
Sus tacones resuenan rápidamente hacia la puerta.
"Ah, ¿y señorita Taylor?" No me molesto en darme la vuelta. "Considere esto su única advertencia. La próxima vez que entre a mi oficina sin llamar, estará hablando con Recursos Humanos."
Una vez que se ha ido, Jonathan actualiza mis informes. "También", añade cuidadosamente, "Damien Winslow asistirá al desfile. Con su nueva... compañía."
Mi mandíbula se tensa. He visto las fotos—alguna modelo joven que podría ser una copia barata de Sasha. Es patético, realmente. El hombre nunca mereció a Sasha en primer lugar, y ahora está tratando de reemplazarla con réplicas de ojos vacíos que no tienen nada de su fuego, nada de su inteligencia.
"Bien." Me recuesto, una sonrisa de depredador jugando en mis labios. "Que vea exactamente lo que perdió."
"¿Señor?" La voz de Jonathan es cautelosa. "Sobre el... encuentro de ayer con la señorita Winslow. Quizás un enfoque más directo—"
"No." Sonrío, recordando cómo huyó del calor entre nosotros. "Deja que piense en ello. Deja que se pregunte. Deja que intente convencerse de que no sintió lo que sé que sintió."
Mi teléfono se ilumina con la confirmación de los arreglos para París. Asiento en primera fila junto al suyo en el desfile. Una invitación a la fiesta posterior. Una serie cuidadosamente orquestada de encuentros "accidentales" esperando suceder.

La colisión de ayer no fue un accidente—he tenido a Jonathan siguiendo su agenda desde que se finalizó su divorcio, esperando el momento perfecto para hacer mi movimiento. Como todo lo demás en mi vida, el tiempo es un arma que manejo con precisión.

He sido paciente. La he visto resurgir de las cenizas, convertirse en esta magnífica mujer de hielo y acero. He mantenido mi distancia mientras encontraba su equilibrio, mientras construía sus muros más altos.

Ahora es tiempo de escalar esos muros. De mostrarle que no todos los hombres quieren enjaularla. Que algunos solo queremos correr con la leona, igualar su poder con el nuestro.

Deja que huya por ahora. Deja que pretenda que ayer no significó nada. Después de todo, los mejores depredadores saben exactamente cuándo atacar.

Y yo siempre consigo lo que quiero.

SASHA

París en otoño sabe a posibilidad. El aire entre bastidores del Grand Palais se siente diferente—más denso de ambición, más dulce de éxito.

Una sinfonía de tacones y francés llena el espacio mientras maquilladores y estilistas revolotean alrededor de las modelos como mariposas elegantes. El resplandor cálido de las luces de los tocadores se refleja en diamantes y sueños, convirtiendo todo en magia.

Ajusto el dobladillo de mi Valentino rojo, la seda susurrando contra mi piel como la promesa de un amante. El vestido es un arma, elegido con la misma precisión que todo lo demás en mi vida. Rojo sangre—el color del poder, de la pasión, de la victoria.

"Perfección", murmuro, ajustando la pieza central de mi colección en el cuello elegante de Adriana. La cascada de diamantes atrapa la luz exactamente como la diseñé—como lágrimas congeladas trazadas en platino y oro blanco. "¿Cómo se siente?"

"Perfecto", dice Adriana, girando la cabeza para probar el movimiento. Su reflejo se multiplica en los espejos circundantes, cada ángulo mostrando otra faceta del diseño. "Se mueve como agua."

Asiento, ya moviéndome hacia la segunda pieza—un collar de diamantes graduados engastados en platino, diseñado para parecer una constelación envuelta alrededor del cuello. "Sofia, es tu turno."

La modelo brasileña se acerca con el tipo de gracia que hace que otras mujeres la odien a primera vista. Abrocho el collar cuidadosamente, observando cómo las piedras parecen flotar contra su piel olivácea. "El técnico de iluminación sabe que debe enfocarte exactamente a cuarenta y cinco grados cuando llegues al final de la pasarela. Ese es el momento en que el efecto constelación será más visible."

Mi teléfono vibra de nuevo en mi bolso de mano. Tercera vez en diez minutos. Cualquier crisis que esté surgiendo en Nueva York puede esperar—ahora mismo, necesito concentrarme en asegurarme de que cada pieza se asiente exactamente bien, que cada modelo sepa precisamente cómo lucir dos millones de dólares en artesanía en su mejor momento.

La tercera pieza es mi favorita personal—una interpretación moderna del art déco, con patrones geométricos de diamantes y ónice negro creando un diseño que se ve diferente desde cada ángulo. Como ver la luz fracturarse a través del hielo. "Liu, veamos cómo se asienta."

Liu inclina la cabeza, dejando que las luces capturen cada ángulo. "La distribución del peso es perfecta."

"La ingeniería tardó tres meses en perfeccionarse", le digo, ajustando el cierre por un milímetro. "Cuando llegues al foso de los fotógrafos, pausa dos momentos más de lo usual. Déjales ver cómo se transforma con el movimiento."

El collar final es puro drama—una cascada de diamantes que parece estar suspendida en el aire, con los engastes de platino prácticamente invisibles. Tomó seis meses de prototipos lograr el efecto flotante, pero ver el cuello de cisne de Natalia luciéndolo hace que cada noche sin dormir haya valido la pena.

Mi teléfono vibra nuevamente. Con un suspiro, lo saco, esperando alguna crisis de la oficina que Amanda no pudiera manejar.

Claire: ***"¡¿Chica, estás bien?!"***

Pongo los ojos en blanco. Probablemente está siendo dramática porque no la llamé cuando aterricé.

Yo: ***"Sí, ¿por qué?"***

Claire: ***"¡¿No viste la publicación de Instagram!?"***

Yo: ***"¿Qué publicación de Instagram?"***

Aparece una captura de pantalla. Mi estómago se hunde mientras observo la imagen—Damien en el evento de esta noche, su última novia colgada de su brazo con un vestido que generosamente podría llamarse pañuelo. El pie de foto dice: ***"Apoyando las artes con mi amor❤ #ParisFashionWeek"***

¿Qué demonios hace él aquí? Nunca le ha importado la moda más allá de usarla para controlar lo que yo vestía. ¿Y ahora aparece en mi momento de triunfo? Mis dedos se tensan alrededor del teléfono.

"Respira profundo, chérie." Genevieve aparece a mi lado, dándome besos al aire en las mejillas. "Puedo oírte rechinar los dientes desde el otro lado de la habitación."

"Nunca mostró interés en un desfile de moda en su vida", digo entre dientes apretados. "Ni siquiera cuando era su esposa."

"Ah, pero entonces no eras una amenaza, ¿verdad?" Arregla mi collar—uno de mis propios diseños, naturalmente. "Ahora eres competencia. Competencia que lo eclipsa."

"Literalmente", dice una voz cultivada detrás de nosotras. "Esas piezas son absolutamente pecaminosas, querida."

Me giro para encontrar a Sebastian St. James, examinando mi colección con envidia sin disimular. Su último desfile en Milán había hecho que los críticos se deshicieran en elogios, pero su propia línea de joyería había fracasado espectacularmente.

"Sebastian." Le doy besos al aire en sus mejillas perfectamente suaves. "No esperaba verte entre bastidores."

"Como si me fuera a perder esto." Gesticula hacia las piezas con una mano elegante. "La ingeniería por sí sola es revolucionaria. Ese efecto flotante—" Sacude la cabeza. "Genio absoluto. Aunque estoy seguro de que la presencia de tu ex marido es puramente coincidental."

"Tan coincidental como el parecido de tu colección de verano con la línea de primavera de Givenchy", digo dulcemente.

Él echa la cabeza hacia atrás y ríe. "Oh, te he extrañado, gloriosa bruja. Manhattan te ha hecho más afilada."

"Manhattan me ha hecho exitosa." Ajusto el collar de Sofia una última vez. "A diferencia de algunos, no necesito copiar a otros para hacer una declaración."

"Miau." Su sonrisa es lobuna. "Guarda algo de ese hielo para la pasarela, querida. Lo necesitarás cuando veas lo que lleva puesta su pequeña protegida. O debería decir, lo que no lleva puesto."

Antes de que pueda responder, Genevieve aplaude pidiendo atención. "¡A sus puestos, todos! Comenzamos en cinco minutos. Sasha, querida, ve a tomar tu asiento. Tus piezas hablarán por sí mismas."

La transición desde bastidores al evento principal es como entrar en otro mundo. El Grand Palais se eleva sobre nosotros, su cúpula de cristal pintada en colores del atardecer. La primera fila es un quién es quién de la realeza de la moda, todos besos al aire e intentos sutiles de asesinato disfrazados de cumplidos.

Y allí, dos filas más allá, está sentado Damien con su muñeca viviente. Ella incluso me saluda con la mano, como si fuéramos a ser mejores amigas, hasta que él le agarra la mano y la obliga a bajarla. Reprimo una mueca de disgusto. Genial. Está saliendo con una fan.

"El hijo pródigo ex marido regresa", murmura Sebastian mientras se desliza en el asiento a mi lado. "Con un intento bastante obvio de terapia de reemplazo. Aunque debo decir que la copia nunca está a la altura del original."

"La copia parece que compró su vestido en la sección de rebajas", murmuro en respuesta.

"Querida, eso es un insulto para la sección de rebajas." Se inclina conspiratoriamente. "Escuché que es una modelo de Instagram que le escribió por mensajes directos. La desesperación es palpable."

Estoy a punto de responder cuando alguien se aclara la garganta a mi lado. Me giro, y mi corazón da un vuelco en mi pecho.

Julian Westwood está allí con un traje negro. Sus ojos verdes están fijos en los míos con una intensidad que hace que mi piel hormiguee. De alguna manera es aún más guapo en París que en Nueva York.

"Señorita Winslow." Su voz mantiene ese mismo toque de diversión que ha estado persiguiendo mis sueños. "Qué agradable sorpresa."

"Señor Westwood." Mantengo mi voz profesional. "No sabía que tenía interés en la moda."

"Tengo interés en muchas cosas." Sus ojos me recorren de una manera que hace que la seda roja de mi vestido se sienta demasiado cálida contra mi piel. "Ese es todo un vestido."

"Y ese es todo un cumplido obvio", interrumpe Sebastian, claramente divertido. "Aunque supongo que cuando te ves así, no necesitas ser ingenioso."

La sonrisa de Julian no vacila mientras toma el asiento a mi otro lado. "Sebastian St. James. Tu colección de verano fue... familiar."

Escondo mi sonrisa mientras Sebastian balbucea. Antes de que pueda responder, las luces se atenúan. Pero siento la presencia de Julian a mi lado como una llama viva, haciendo imposible concentrarme en cualquier otra cosa. Su calor, el sutil aroma de su colonia—mi cuerpo recuerda su tacto de aquel día en Nueva York, y definitivamente es un traidor.

La primera modelo aparece en la pasarela, y por un momento, me olvido de todo lo demás. Mi creación brilla bajo las luces, cada faceta captando y devolviendo el resplandor exactamente como fue diseñada. En este momento, viendo mi visión cobrar vida, ni siquiera el intento de sabotaje de Damien puede tocarme.

Un pequeño jadeo recorre la multitud cuando Sofia gira, dejando que el collar constelación atrape la luz en el ángulo preciso. Incluso Sebastian se inclina hacia adelante, la envidia profesional luchando con genuina apreciación en su rostro.

"Extraordinario", murmura Julian, lo suficientemente cerca como para que sienta su aliento en mi oreja. "Aunque la artista eclipsa a su creación."

Giro ligeramente la cabeza, encontrando su mirada. "La adulación no te llevará a ninguna parte, señor Westwood."

"Y sin embargo aquí estoy, exactamente donde quiero estar." Su brazo roza el mío, enviando electricidad bailando por mi piel. "Viéndote ganar."

Soy hielo y diamantes, acero y éxito. Y no necesito la aprobación de nadie más que la mía propia.

Incluso si mi pulso se acelera cuando los dedos de Julian rozan los míos en la oscuridad.

SASHA

La fiesta posterior al desfile vibra con éxito y champán, diamantes y deseo. Siento la mirada de Julian siguiéndome mientras me dirijo al bar, pero no le doy la satisfacción de voltear.

Mis tacones resuenan contra el piso de mármol, cada paso medido y preciso. Control. Todo se trata de control.

"Château Margaux", le digo al cantinero, dejando que el francés fluya de mi lengua.

"Que sean dos", dice una voz familiar detrás de mí. Mi espalda se tensa antes incluso de girar. Damien. Por supuesto. El universo no es lo suficientemente amable como para dejarme tener esta victoria sin mancha.

Se ve exactamente igual—traje perfectamente cortado, esa sonrisa que nunca llega a sus ojos. La sonrisa que solía hacerme sentir especial, hasta que me di cuenta de que era la misma que usaba para cerrar negocios y tomas hostiles.

"La colección es impresionante", dice, como si estuviéramos en una de sus aburridas cenas de negocios. "Veo que mis diez millones están siendo bien utilizados. Dime, ¿a cuánto asciende tu patrimonio ahora?"

Acepto mi copa del cantinero, tomando un sorbo deliberado antes de responder. "No es asunto tuyo. ¿Por qué estás aquí, Damien? Nunca te ha interesado la moda."

"A Jessica le encanta." Su sonrisa se ensancha. "De hecho, es una gran admiradora de tu trabajo."

Veo un bolígrafo en la barra y agarro una servilleta, garabateando mi firma con un floreo. "Toma. Dale un autógrafo. Haz que su día sea completo."

Empiezo a darme la vuelta, copa en mano, cuando veo a su novia—Jessica—saliendo del baño. Su vestido es verdaderamente trágico de cerca. Se ve exactamente como yo a los veinticinco, antes de aprender lo que esa sonrisa encantadora realmente significaba.

"Nuestro divorcio podría haberse evitado, Sasha." Su voz baja, destinada solo para mis oídos. "Al igual que la muerte de tu hermana. Dime, ¿cómo están Adam y Ellie?"

Algo dentro de mí se quiebra. Antes de pensarlo mejor, me giro y le arrojo el vino directamente a la cara. El vino tinto gotea por su camisa blanca perfecta como sangre. "Nunca vuelvas a mencionar a mi hermana o a mi sobrina, maldito desgraciado."

Se limpia la cara lentamente, esa sonrisa perversa aún en su lugar. "Tienes suerte", dice suavemente, acercándose. Su colonia—la misma que usaba durante nuestro matrimonio—me revuelve el estómago. "Si todavía fueras mi esposa, te encerraría por tres días hasta que te rindieras. ¿Recuerdas eso? Sin comida, sin teléfono, solo tú a solas con tus pensamientos hasta que recordaras tu lugar."

Mis manos tiemblan mientras los recuerdos inundan mi mente—estar atrapada en nuestra habitación después de enfrentarlo sobre Sarah de contabilidad. El hambre, el aislamiento, cómo me revisaba cada pocas horas para ver si estaba lista para disculparme por "exagerar." Cómo al tercer día, estaba tan rota que realmente creía que era mi culpa.

"Tuviste suerte de que estuviera en Londres cuando decidiste huir", continúa, su voz bajando aún más. "Si hubiera estado en casa..." Deja la amenaza flotando en el aire. "Nunca habrías llegado donde tu pequeña amiga abogada. Lo sabes, ¿verdad, cariño? Habrías pasado una semana en esa habitación hasta que entendieras que el divorcio no era una opción."

Jessica se apresura con servilletas, lanzándome una mirada sucia mientras le seca la camisa. "Mi amor—"

"Cállate", le espeta, sin siquiera mirarla. Sus ojos están fijos en mí, esa mezcla familiar de posesión y crueldad que solía paralizarme de miedo. "Te crees tan fuerte ahora, ¿no? Con tu pequeña línea de joyería y tus elegantes desfiles. Pero ambos sabemos la verdad. Yo te creé, Sasha. Y puedo destruirte cuando quiera."

Sus palabras dan en el blanco con precisión quirúrgica. Porque tiene razón—él sí sabe. Conoce cada debilidad, cada miedo, cada cicatriz. Sabe exactamente cuántos días de aislamiento se necesitan para hacerme sumisa, exactamente qué amenazas me harán doblarme.

"Qué pensaría Christina", continúa, "viéndote actuar como un animal en la semana de la moda."

"No te atrevas a decir su nombre." Mi voz tiembla pero se mantiene firme. "Perdiste ese derecho cuando hiciste que tu equipo de seguridad me arrastrara lejos de ella esa noche."

"Estaba protegiendo a mi esposa de tomar malas decisiones." Su tono es razonable, controlado—la voz que solía usar en terapia cuando convencía a todos de que yo era inestable. "Si tan solo

hubieras escuchado, si te hubieras quedado en casa donde pertenecías, ella seguiría viva. Su sangre está en tus manos, cariño. No en las mías."

"Te odio", murmuro.

Asiente. "Bien. Amor, odio—no me importa mientras sientas algo por mí, nena."

Mis manos tiemblan mientras miro alrededor. La gente está mirando, teléfonos fuera, probablemente grabando. Por supuesto. Este era su plan desde el principio—hacerme perder el control, arruinar mi momento de triunfo. Mostrarle a todos la verdad que él quiere que vean: que sigo siendo esa chica débil y rota que se casó con él.

Me doy la vuelta y huyo—no hay otra palabra para describirlo. No muy propio de una reina de hielo, pero no puedo respirar. No puedo pensar. No puedo estar aquí con todos estos ojos sobre mí, todos estos testigos de mi humillación. Mis tacones resuenan contra el mármol mientras empujo las puertas francesas hacia el balcón.

La noche de París se extiende ante mí, las luces brillando como los diamantes que creo, pero apenas las veo a través de las lágrimas que me niego a dejar caer.

Mis manos agarran la barandilla de piedra, los nudillos blancos por el esfuerzo de mantenerme entera. Un respiro entrecortado se me escapa mientras presiono mi mano contra mi boca, furiosa por dejar que me afecte. Que después de todo, todavía pueda hacerme sentir tan débil.

Sus palabras resuenan en mi cabeza: "Si hubiera estado en casa..." Y tiene razón. Si no hubiera estado en Londres esa semana, si su viaje de negocios no me hubiera dado esa estrecha ventana de libertad, todavía estaría allí.

Unas manos cálidas se posan en mis hombros, y sé sin girarme que es Julian. Su toque es diferente—fuerte pero no restrictivo, poderoso pero no dominante. Antes de que pueda procesarlo, me gira y me atrae contra su pecho.

Es entonces cuando me quiebro. Las lágrimas caen calientes y rápidas, empapando su camisa ridículamente cara. "Ojalá nunca me hubiera casado con él", sollozo. "Mi hermana seguiría viva."

"Shhh." Sus brazos me aprietan más fuerte, una mano acariciando mi cabello. Huele a cedro y seguridad, su corazón latiendo constante bajo mi mejilla. "Está bien."

"No está bien." Las palabras brotan sin control, toda mi cuidadosa compostura hecha añicos. "Él la mató tan seguro como si hubiera estrellado el coche él mismo. Y ahora está aquí, con esa pobre chica que se ve justo como yo me veía, probablemente planeando romperla de la misma manera, y yo—"

"Mírame." La voz de Julian es suave pero autoritaria. Sus manos enmarcan mi rostro, sus pulgares limpiando las lágrimas. "Ya no eres esa chica. Construiste un imperio de sus cenizas. Sobreviviste. Prosperaste."

"¿Pero a qué precio?", susurro. "Christina—"

"Estaría orgullosa como el demonio de ti." Sus ojos verdes penetran los míos, feroces y seguros. "Honras su memoria cada día al negarte a dejar que él gane. Al estar ahí para Ellie. Al convertirte exactamente en lo que él temía que fueras: fuerte. Independiente. Imparable. Por eso está enojado."

Un sollozo se atora en mi garganta, pero este se siente diferente. Purificador en lugar de destructivo. Sus pulgares siguen acariciando mis mejillas, y me doy cuenta de lo cerca que estamos, lo íntimo que es este momento. Cualquiera podría salir a este balcón y vernos.

Debería dar un paso atrás. Debería reconstruir mis muros. Debería—

Sus labios besan mi frente, tan suavemente que podría haberlo imaginado. "Ya no estás sola, Sasha. Y él no puede lastimarte a menos que se lo permitas."

Y allí de pie en la noche parisina, envuelta en los brazos de Julian con el sabor de las lágrimas aún en mis labios, me permito creerle. Solo por un momento.

"Estoy tan avergonzada", susurro, apartándome para limpiar mis lágrimas. "Todos vieron esa escena. ¿Cómo puedo mostrar mi cara—"

"Déjame llevarte a un lugar especial." La mano de Julian encuentra la mía, cálida y firme. "Lejos de todo esto."

"¿Dónde?"

Su sonrisa guarda un secreto. "Confía en mí."

Me guía por una salida lateral, su mano nunca soltando la mía mientras me conduce por estrechas calles empedradas que los turistas nunca ven. Su chofer aparece con un elegante coche negro, y nos deslizamos en el asiento trasero como conspiradores escapando de la escena de un crimen.

El coche serpentea por el verdadero París—no la versión de postal, sino la ciudad viva y respirante donde los verdaderos parisinos viven sus vidas. Nos detenemos frente a una puerta sin marca en el distrito 11, suave jazz derramándose hacia la calle.

"Le Petit Chat", dice Julian, ayudándome a salir del coche. "El mejor secreto guardado de París."

El restaurante es pequeño e íntimo, todo ladrillo expuesto y luz de velas. No hay turistas tomando fotos de su comida, solo locales hablando francés rápido y compartiendo botellas de vino. Un trío toca en la esquina—piano, bajo y saxofón entrelazándose como humo.

"¿Cómo encontraste este lugar?", pregunto mientras nos guían a una mesa en la esquina, resguardada de miradas indiscretas.

"Paso mucho tiempo en París." Retira mi silla. "Aprendes a encontrar los lugares reales, lejos de las multitudes. Lugares donde puedes simplemente... ser."

El camarero nos trae vino sin que lo pidamos—un vino local que probablemente ni siquiera se exporta. El menú está escrito a mano, cambiando diariamente según lo que esté fresco en el mercado.

"La pesadilla de relaciones públicas que esto será", suspiro, tomando un largo sorbo de vino. "Nadie sabe lo que pasé con él. Solo me verán como inestable, arrojando bebidas como una estrella de reality."

"Yo lo vi." La voz de Julian es suave pero intensa. Cuando inclino la cabeza interrogante, continúa: "La luz apagándose en tus ojos. Cada evento, cada gala—te volvías cada vez menos tú misma. Era como ver a alguien desaparecer lentamente."

El vino arde en mi garganta. "Antes de que todo pasara con Christina..." Trazo el borde de mi copa. "Ella iba a ayudarme a dejarlo. Me iba a quedar con ella, empezar de nuevo."

La mano de Julian cubre la mía sobre la mesa. Su palma está cálida, callosa en lugares que me sorprenden. No suave como las manos manicuradas de Damien.

"Eres una de las mujeres más fuertes que he conocido", dice.

"No porque quiera serlo." Las palabras salen crudas, honestas. "Porque tengo que serlo."

La música cambia a algo más lento, más sensual. Julian se pone de pie, ofreciendo su mano. "Baila conmigo."

"¿Aquí?", miro alrededor—otras parejas se mecen juntas en el pequeño espacio entre las mesas.

"Aquí. Ahora. Donde nadie está mirando y nada importa excepto este momento."

Tomo su mano, dejando que me atraiga a sus brazos. Su cuerpo es sólido, real, mientras nos movemos juntos al ritmo de la música. Así de cerca, puedo sentir el poder en él. Una de sus manos abarca mi espalda baja, la otra sosteniendo la mía contra su pecho.

"¿Tienes hermanos?", pregunto, necesitando pensar en algo que no sea lo bien que se siente.

"No. Soy hijo único." Su pulgar traza pequeños círculos en mi espalda. "Mis padres pusieron todas sus expectativas en una sola canasta."

"Qué suerte tienen." Estoy jugando con fuego, dejando que mi cuerpo se derrita contra el suyo mientras bailamos, pero el vino y la música y sus manos me vuelven imprudente. "Tener un hijo tan perfecto."

Su risa retumba en su pecho. "Perfecto no es la palabra que ellos usarían, pero gracias."

La canción cambia a algo con más fuego, más ritmo. Mis caderas se mueven por instinto, y sus manos se aferran con más fuerza a mi cintura. Bailamos más cerca de lo que deberíamos, mi espalda contra su pecho, su aliento rozando mi cuello. Es peligroso y liberador, y exactamente lo que necesito.

"Deberíamos parar", murmuro, aunque mis caderas siguen buscándolo.

"Probablemente", responde, pero sus labios rozan mi oído. "Pero no quiero."

Yo tampoco. Y eso es lo que lo hace tan peligroso. Porque, por primera vez desde Damien, desde Christina, desde todo… quiero soltarme. Quiero sentir algo que no sea rabia, o miedo, o ese control férreo que siempre me protege.

Las manos de Julian descansan suavemente en mi cintura, guiando mis movimientos con un dominio absoluto. La música se desvanece en el fondo, ahogada por la intensidad de su mirada. Cada paso, cada leve cambio en nuestras posiciones, nos acerca más, profundizando la atracción que tira de nosotros como un imán.

Con sutileza, me conduce hacia un rincón apartado del restaurante, donde la luz tenue nos envuelve en un resplandor íntimo. Seguimos bailando, pero ahora nuestros movimientos son más lentos, más deliberados, cada paso jugando con la fina línea entre el deseo y el control.

Su mano desciende por mi espalda, sus dedos trazando la curva de mi columna. Un escalofrío me recorre y un gemido suave escapa de mis labios antes de poder contenerlo. Julian me atrae aún más hacia él, nuestros cuerpos pegándose, el calor de su piel traspasando la tela de su camisa. Mis manos encuentran su pecho, mis dedos tanteando el primer botón, desabrochándolo con lentitud, como si estuviera deshaciendo un secreto.

El mundo deja de existir. Solo quedamos él y yo, atrapados en este baile embriagador. Sus dedos rozan el dobladillo de mi vestido, deslizándose por debajo hasta tocar mi muslo. Mi respiración se entrecorta. Su caricia es firme pero delicada, enviando una descarga eléctrica a través de mi cuerpo. Me pego más a él, mis pezones endurecidos rozando la tela de mi vestido, suplicando más.

Su mano sube con paciencia, deslizándose entre mis muslos, sus dedos acariciando la seda húmeda de mis bragas. Un jadeo se escapa de mis labios cuando el placer me golpea de lleno. Cierro los ojos, rindiéndome a la sensación. La música, el murmullo del restaurante… todo se desvanece. Solo existe él.

Sus dedos me acarician a través de la tela, rodeando mi clítoris con precisión exquisita. Un calor delicioso se acumula en mi vientre. Me muerdo el labio, intentando mantenerme en silencio, pero

mi cuerpo me traiciona. Tiemblo en sus brazos, mis caderas moviéndose instintivamente hacia su toque.

"Nadie puede vernos aquí. Quiero sentir cómo te corres", susurra contra mi oído.

Un gemido ahogado se me escapa mientras mi último resquicio de autocontrol se desmorona. Me muerdo el labio con fuerza y me inclino contra su mano, rogando en silencio por más. Julian entiende el mensaje. Se desliza bajo la tela de mis bragas y sus dedos finalmente encuentran mi piel desnuda, cálida y húmeda. Un suspiro tembloroso me escapa cuando toca justo donde más lo necesito, frotando círculos lentos y precisos que encienden cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Me aferro a sus hombros en busca de apoyo, mis muslos temblando cuando acelera el ritmo. Mi respiración se vuelve errática, entrecortada. Todo mi cuerpo arde, se retuerce, se inclina hacia el abismo. Sabe exactamente lo que está haciendo, cómo torturarme, cómo empujarme al límite. Su pulgar se une a la tortura, frotando y acariciando mi clítoris en perfecta sincronía con sus dedos.

Un estremecimiento me sacude por completo cuando el placer me desborda. Mi cuerpo se tensa, cada músculo crispándose mientras el orgasmo me arrastra sin piedad. Me muerdo el labio con fuerza, ahogando el grito que amenaza con escapar. El placer es abrumador, sin final, mi cuerpo convulsionando en sus brazos mientras él extrae hasta la última onda de placer de mí.

Me sostiene firme, su mano todavía entre mis muslos. No se mueve. Solo me deja apoyarme en él, temblando, jadeante, completamente rendida.

Poco a poco, retira su mano, sus dedos trazando un último roce en la cara interna de mi muslo antes de alejarse por completo. Me dejo caer contra su pecho, sin aliento, con el corazón todavía retumbando en mi pecho.

La ausencia de su toque se siente como un golpe de aire frío contra mi piel ardiente.

Y entonces… la realidad me golpea de lleno.

¿Qué demonios acabo de hacer?

Esto no soy yo. Esto no es precaución. Esto no es control.

No reconozco a la mujer que sigue apoyada contra Julian Westwood, con las piernas aún débiles por el orgasmo que él me arrancó con nada más que su mano y esa maldita sonrisa arrogante.

Un escalofrío me recorre, pero no es de placer esta vez. Es de la lenta, aterradora certeza de que me dejé llevar. Que perdí el control.

Esto es una locura.

"Necesito irme", murmuro, empujando suavemente su pecho, intentando poner distancia entre nosotros. "Llévame de vuelta a mi hotel."

Julian no se mueve de inmediato. Sus ojos verdes se oscurecen, los bordes afilándose con algo indescifrable.

Entonces, con un asentimiento lento y calculado, da un paso atrás y se endereza, alisando su traje.

"Por supuesto", dice con voz tranquila, impasible.

JULIAN

La reina de hielo regresa en el momento en que nos deslizamos dentro del coche.

Observo la transformación ocurrir en tiempo real—su columna enderezándose, esa deliciosa vulnerabilidad desvaneciéndose tras sus muros habituales. Cuando le ofrezco una copa de vino, la toma con dedos que no llegan a temblar, pero su agarre es demasiado firme sobre el cristal.

"¿Lo has disfrutado?", mantengo mi voz neutral, aunque el recuerdo de ella estremeciéndose contra mi mano hace difícil concentrarme.

"Demasiado." Toma un sorbo deliberado, mirando por la ventana las calles de París deslizándose en la noche.

Quiero decir algo—cualquier cosa—para traer de vuelta a la mujer que se derritió en mis brazos hace cinco minutos. La que se permitió sentir, que confió lo suficiente en mí para desmoronarse bajo mi tacto. Pero se ha encerrado de nuevo, y no tengo la llave. Todavía no.

El coche se detiene frente a su hotel, y ella se mueve antes de que se detenga por completo. La sigo, ya imaginando presionarla contra la puerta de su habitación, quitándole ese vestido rojo centímetro a centímetro hasta que recuerde lo bien que se siente dejarse llevar.

Se gira antes de que pueda salir completamente del coche. "Julian, ¿qué haces?"

"Pensé—"

"¿Ah, pensaste que subirías a mi habitación para un polvo rápido?" Su risa es quebradiza. "No. Gracias por esta noche. Gracias por el orgasmo. Pero no me interesa nada más. Buenas noches."

Se da la vuelta y se aleja, y maldita sea, incluso su salida está calculada para volverme loco. La seda roja de su vestido se adhiere a las curvas que todavía puedo sentir contra mis palmas, sus tacones resonando contra el mármol como una cuenta regresiva. Sus caderas se balancean con cada paso, un ritmo peligroso que hace que mis manos piquen por agarrarla, girarla, y mostrarle exactamente cuánto más quiero que solo un polvo rápido.

Pero la dejo ir. Porque la cacería siempre es mejor cuando la presa cree que ha escapado.

Sé que tendrá que recoger las piezas no vendidas del local mañana. Un encuentro "accidental" perfectamente cronometrado, y tal vez pueda agrietar esos muros de nuevo. Ver qué otros sonidos puedo arrancar de esos labios perfectos.

Exhalo, sacando mi teléfono. Presiono el nombre de Jonathan, llevando el teléfono a mi oído mientras me hundo en el asiento de cuero.

"Jonathan." Mi asistente contesta al primer timbre, a pesar de la hora tardía. "Necesito que compres uno de los collares del desfile de esta noche."

"Señor, dos piezas ya se han vendido—"

"Entonces me llevaré la tercera. No me importa cuál."

Hay una pausa. "El precio de estas piezas es bastante... sustancial. Estamos hablando de más de —"

"Me importa una mierda cuánto cueste, Jonathan. Cómpralo."

"Sí, señor." Otra pausa. "Hay... otra cosa que debería saber. El señor Winslow compró una de las piezas esta noche."

Mi estómago se revuelve. Ese bastardo enfermo. ¿Primero la humilla en público y luego compra su joyería como algún tipo de trofeo retorcido? "Ese obsesivo de mierda."

"¿Procedo con la compra?"

"Sí." Termino la llamada, mi mandíbula apretada. "Llévame de vuelta a mi hotel."

Mientras París se desliza tras la ventana, todavía puedo saborearla en mi lengua, todavía puedo sentirla temblando contra mí. Ella cree que puede encerrarse de nuevo, esconderse tras esa fachada de reina de hielo.

Pero ya he visto debajo de ella. He sentido el fuego que mantiene contenido. Y voy a pasar cada día encontrando nuevas formas de hacerla arder.



El vapor se arremolina a mi alrededor mientras ajusto mi corbata, cada movimiento preciso y medido.

Todo en esta mañana ha sido calculado al minuto. Mi reflejo muestra exactamente lo que quiero —poder, control, el tipo de hombre que consigue lo que desea. El traje de Tom Ford es un arma, elegido porque he visto cómo sus ojos se detienen cuando visto gris oscuro. He memorizado cada micro expresión que traiciona su cuidadosamente construida indiferencia.

Los gemelos se deslizan en su lugar con un clic satisfactorio. Plata, no oro—arrugó la nariz ante el Rolex de oro de Damien en la gala de Morgan Stanley el año pasado. Otro detalle archivado, otra pieza del rompecabezas que es Sasha Winslow.

Reviso mi maleta de viaje—empacada y esperando junto a la puerta. Todo en su lugar. Salgo del edificio y me deslizo dentro del coche que espera.

El Grand Palais bajo la luz de la mañana es una criatura completamente diferente. Se han ido las copas de champán y los besos al aire, reemplazados por trabajadores desmontando escenarios y enrollando alfombras. La maquinaria del glamour expuesta bajo la dura luz del día. Mis pasos resuenan por los pasillos que hace doce horas vibraban con música y deseo.

"Señor Westwood." Una mujer de aspecto agobiado me intercepta. "La oficina para recoger las compras está justo al final de ese pasillo. Aunque me temo que la señorita Winslow está un poco retrasada—"

"No me importa esperar."

La oficina, cuando la encuentro, es más un almacén que otra cosa. Maniquíes y vitrinas vacías de joyas abarrotan el espacio, los restos de la magia de anoche esparcidos como hojas caídas. Estoy examinando un boceto en la pared cuando la puerta se abre.

Maldita sea.

Lleva rosa pálido, un color que debería verse insulso pero en cambio la hace parecer algo salido de una pintura renacentista. Su cabello cae en rizos sueltos alrededor de su rostro—el tipo de rizos que ruegan ser envueltos alrededor del puño de un hombre. Pero es su rostro lo que me roba el aliento. Casi sin maquillaje, es toda ojos color avellana enormes y mejillas naturalmente sonrojadas. El tipo de belleza que hace que los hombres inicien guerras.

Esos ojos se ensanchan cuando me ve, un destello de algo vulnerable cruzando su rostro antes de que la máscara vuelva a su lugar.

"Señor Westwood." Su voz no revela nada, pero su pulso salta en su garganta. "No lo esperaba."

"El universo está lleno de sorpresas." Me acerco, catalogando cada detalle—el ligero manchado de su labial, como si se hubiera estado mordiendo el labio. La forma en que sus dedos se tensan ligeramente alrededor de la correa de su bolso. "Compré una de tus piezas."

"El collar de constelaciones." Me mira con cautela. "Elección audaz. ¿Regalo para alguien especial?"

"Podría decirse." Abro la caja de terciopelo, dejando que los diamantes atrapen la luz. "Date la vuelta."

"No necesito—"

"Por favor."

Duda, ese magnífico cerebro suyo probablemente calculando riesgos y salidas. Luego, lentamente, se gira. La línea grácil de su cuello hace que se me haga agua la boca.

Me acerco lo suficiente para oler su perfume—Jo Malone, Salvia de Madera y Sal Marina. No su aroma habitual. Algo más suave, más íntimo. Como si no se hubiera molestado con su armadura usual esta mañana.

"Agradezco el gesto", dice mientras levanto el collar. "Pero si estás intentando—"

"No estoy intentando nada, Sasha." El broche es delicado bajo mis dedos. Dejo que rocen su piel, sintiendo su ligero estremecimiento. "Vi algo hermoso y quise poseerlo. ¿No es eso lo que ambos hacemos?"

Se gira para enfrentarme, una mano tocando los diamantes que ahora descansan contra su clavícula. "¿Es eso lo que crees que es esto? ¿Otra adquisición?"

"Creo que eres la mujer más fascinante que he conocido." La verdad siempre es la mejor arma. "Y creo que estás cansada de jugar."

Algo parpadea en esos increíbles ojos. Sus labios se separan—

Su teléfono rompe el momento. El color se drena de su rostro mientras escucha.

"¿Qué quieres decir con cancelado?" Sus nudillos se vuelven blancos alrededor del teléfono. "Eso es imposible. Tengo reuniones el lunes, necesito ver a mi sobrina—" Se detiene, apretando la mandíbula. "¿El piloto tiene qué? ¿Y no hay reemplazo? Qué conveniente."

Termina la llamada con más fuerza de la necesaria. "Bien jugado, Damien. Muy bien jugado."

"¿Problema?"

"Mi piloto." Se ríe, pero es amargo. "De repente tiene intoxicación alimentaria. Y resulta que es un viejo amigo de mi ex marido. No hay reemplazo disponible con tan poca antelación."

"Mi jet—"

"No." Sacude la cabeza bruscamente. "Ya encontraré otra solución."

Su teléfono vibra. El nombre del contacto hace que mi sangre hierva: Bastardo Malvado.

"Hola, esposa." Dice el mensaje. ***"A punto de despegar. Me enteré de que necesitas transporte a casa. Hay mucho espacio aquí conmigo y Jessica. Tal vez podamos recrear el trío de nuestra luna de miel—esta vez con una chica que realmente sabe cómo complacer a un hombre."***

Mi visión se concentra en esa única palabra—trío.

El teléfono tiembla en su mano. Quiero cazarlo y demostrarle exactamente por qué algunos hombres no deberían respirar el mismo aire que mujeres como ella.

"¿Qué pasó en tu luna de miel?" Mi voz sale baja.

"No." Sasha cierra los ojos con fuerza. "Ya he pasado años borrando esa noche de mi mente." Su agarre se aprieta en el teléfono. "Esa era una versión diferente de mí. Una chica estúpida que hacía todo lo que él quería. Ya no más."

"Está intentando provocarte." Mantengo mi voz suave. "No dejes que gane."

"¿Ganar?" Me mira, y por un momento veo todo—la furia, el miedo, el agotamiento profundo de estar constantemente luchando batallas. "Ya está ganando. Me tiene atrapada en París, probablemente riéndose de ello con su ingenua novia."

"Sasha." Me acerco, sin llegar a tocarla. "Déjame ayudar. Sin ataduras, sin expectativas. Solo un viaje a casa."

"¿Por qué?" Sus ojos buscan los míos. "¿Qué quieres de mí, Julian?"

Todo. Nada. Lo que estés dispuesta a dar.

"¿Ahora mismo?" Me acerco, ajustando el collar para que descanse perfectamente contra su piel. "Quiero llevarte a casa con tu sobrina. El resto... ya lo iremos descubriendo sobre la marcha."

Me estudia por un largo momento, esa mente brillante probablemente catalogando cada posible ángulo, cada trampa potencial. Entonces, finalmente:

"De acuerdo." Cuadra los hombros, levantando la barbilla. "Vamos."

Le hago un gesto para que me preceda, observando el sutil balanceo de sus caderas mientras camina. Ella cree que está aceptando un simple viaje en avión.

Creo que ambos sabemos que hay más que eso.

JULIAN

En el momento en que Sasha sube a mi jet, lo siento—el cambio, la tensión silenciosa, esa atracción entre nosotros de la que ninguno puede escapar. Entra como si el espacio le perteneciera, sus ojos escudriñando todo con fría indiferencia. Pero sé la verdad.

Veo cómo su mirada se demora en los asientos de piel, el brillo del bar, todo ese lujo desmedido. Está impresionada, aunque no lo admita.

"¿Primera vez en un jet privado?", pregunto, entrando detrás de ella, observando cómo su cuerpo reacciona a mi voz.

Exhala lentamente, como si ya se estuviera preparando para una batalla. "No. Solo mi primera vez en el tuyo."

Sonrío con suficiencia, asintiendo a la azafata que se acerca para tomar su maleta. Los dedos de Sasha se tensan alrededor del asa por una fracción de segundo, pero la suelta. Observa cómo la guardan, luego se gira hacia mí, brazos cruzados.

"No pensé que fueras el tipo de hombre que deja que otros hagan todo por él."

"No lo soy", digo con suavidad, moviéndome hacia mi asiento frente al suyo. "Pero sí soy el tipo de hombre que cree que una mujer como tú no debería mover un dedo a menos que lo desee."

Arquea una ceja. "Cuidado. Casi suenas encantador."

"¿Casi?", me río, sirviéndome un whisky mientras ella se acomoda. "Entonces debo estar haciendo algo bien."

Sasha exhala, dejándose hundir en el lujoso asiento de piel. Su cuerpo, que ha estado tenso todo el día, finalmente cede al agotamiento que la presiona. Su respiración se ralentiza, sus pestañas revolotean una, dos veces—y cae dormida.

Es hermosa así.

Suave. Vulnerable.

Me levanto, cruzando la corta distancia entre nosotros, y tomo una manta. Al cubrirla, dejo que mis dedos rocen el costado de su rostro, apartando algunos mechones de cabello. Se mueve, emitiendo un suave sonido, sus labios separándose ligeramente—pero no despierta.

Me inclino, presionando un beso lento y deliberado en su frente.

Su aroma me golpea primero. Vainilla cálida, un toque de jazmín, algo más oscuro, algo únicamente **suyo**. Se aferra a su piel, permanece en mi nariz mientras me aparto y me deslizo en mi asiento.

Sorbo mi whisky, observándola.

Sus piernas están cruzadas bajo la manta, pero sé lo que hay debajo. Piel suave y desnuda. Calor. Lo sé porque lo sentí, una vez. Porque la tuve en mis manos, temblando, deshaciéndose, húmeda y suplicante. Y ahora, está aquí, fingiendo que no me desea.

Pero lo hace.



Las horas pasan antes de que se remueva en su sueño.

Sus pestañas tiemblan, sus labios se entreabren mientras se mueve, estirándose ligeramente antes de parpadear y mirarme. Sonrío de lado, girando lo poco que queda de mi whisky en el vaso.

"¿Cómo dormiste?"

Se frota la cara con una mano, acomodándose en el asiento. "Bien."

Alzo una ceja. "Mentirosa. Dormiste como si estuvieras muerta."

Lucha contra una pequeña sonrisa y se endereza un poco. "¿Me perdí de algo?"

"Nada importante", digo, dejando el vaso sobre la mesa. "Pero tenemos que hablar."

Su cuerpo se tensa. "¿De qué?"

Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. "Sabes de qué."

Traga saliva. "¿El club en París?"

"Te deshiciste en mis manos, Sasha. No podemos fingir que eso no pasó."

Exhala bruscamente y aparta la mirada. "No sé qué quieres de mí, Julian. Pero sea lo que sea, no lo vas a conseguir."

Me río, bajo y oscuro. "Oh, cariño. Los dos sabemos que eso es mentira."

Su respiración se entrecorta.

Paso la mirada sobre ella, despacio, tomándome mi tiempo. Sigue envuelta en la manta, pero yo sé lo que hay debajo. Me recuesto en el asiento, observándola. Esperando.

"Dime", murmuro. "¿Cuándo fue la última vez que alguien te tocó como realmente necesitabas?"

Rueda los ojos. "Oh, por favor—"
"No, en serio", insisto. "¿Cuándo fue la última vez que un hombre te hizo olvidar hasta tu propio nombre?"
Su respiración tropieza.
Sonrío de lado. "¿Tanto tiempo, eh?"
Se mueve, juntando las piernas, y joder, lo veo—el modo en que su cuerpo la traiciona, el calor que se enrosca bajo su vientre.
Me inclino. "Apuesto a que ya estás empapada por mí."
Se congela.
Luego, desafiante, se cubre mejor con la manta sobre su regazo. "No."
Suelto una carcajada, lenta y profunda. "Muéstramelo."
Sus labios se entreabren apenas, su pulso latiendo con fuerza en su garganta.
"No voy a hacer eso."
Inclino la cabeza. "Si no estás mojada por mí, entonces muéstramelo. Y si lo estás… creo que los dos sabemos lo que realmente necesitas."
Traga saliva, duro.
"Si tuviera mi oportunidad contigo", murmuro, "gritarías ‘no pares’."
Exhala bruscamente y, por un momento, creo que va a rechazarme por completo. Pero entonces, muy despacio, deja que la manta se deslice de su regazo.
Sus piernas siguen cerradas al principio, un juego, como si estuviera decidiendo cuánto poder quiere cederme. Luego, centímetro a centímetro, las separa.
Una revelación lenta, deliberada. Una seducción envuelta en desafío.
Se reclina, su cuerpo lánguido, sus dedos recorriendo el interior de su muslo, acariciando su propia piel mientras se abre más.
Mi respiración se agita cuando mi mirada cae sobre ella.
Piel suave, desnuda.
Sin bragas.
Sus muslos están calientes, sonrosados, y en el centro—joder. Su coño es perfecto. Húmedo, hinchado, rosado. No está solo mojada, está desesperada por mí.
Gruño bajo, mi verga endureciéndose contra los pantalones.
"Joder", murmuro, la voz tensa. "Tienes el coño más precioso que he visto en mi vida."
Se muerde el labio, su pecho subiendo y bajando. Me arden los dedos por tocarla. Por probarla. Por hundir mi boca entre esos labios resbaladizos y hacerla correrse hasta que se olvide de

respirar.

Pero entonces—

Un sonido.

El piloto habla por el intercomunicador. "Prepárense para el aterrizaje."

En este momento, me importa una mierda lo que el piloto tenga que decir.

Me inclino hacia ella, listo para cerrar el espacio entre nosotros, para tomar exactamente lo que está ofreciéndome. Pero antes de que pueda alcanzarla, se mueve.

Con una sonrisa lenta y maliciosa, levanta la pierna y apoya el tacón de su zapato contra mi pecho, deteniéndome en seco.

"No tan rápido", murmura, su voz impregnada de pura picardía.

Mi respiración se corta, mi verga palpitando contra mis pantalones. Su tacón se clava lo suficiente como para tensarme, el contraste entre su toque provocador y el fuego en su mirada haciéndome arder de deseo.

Gruño bajo, mis manos cerrándose en puños a mis costados. "Estás jugando un juego peligroso, cariño."

Su sonrisa se ensancha mientras ladea la cabeza, observándome con diversión pura.

Y luego, en un solo movimiento lento y deliberado, vuelve a cubrirse con la manta.

Después, me lanza un guiño.

"Será mejor que te abroches el cinturón, Westwood. Prepárate para el aterrizaje."

Exhalo lento, pasando una mano por mi cara mientras me recuesto, ajustándome en el asiento.

"Esto no ha terminado", digo, la voz áspera.

Inclina la cabeza, su sonrisa creciendo.

"Ya veremos."

Aprieto los dientes, obligándome a apartar la mirada antes de mandar todo al carajo y tomar lo que los dos sabemos que ya es mío.

SASHA

Amanda me espera en la terminal privada, con la tablet en la mano, tan fresca como si no fueran casi la medianoche. Mi cuerpo aún vibra por el vuelo—por la forma en que Julian me miró, por cómo abrí las piernas como una maldita descarada desesperada por su atención.

¿Qué carajo estaba pensando?

"¿Qué tal tu viaje en jet privado?" Las cejas perfectamente delineadas de Amanda se mueven con un gesto sugerente mientras el chofer carga mi equipaje. "Escuché que el avión del señor Westwood es... impresionante."

El recuerdo de cómo me abrí para él vuelve a asaltarme de golpe.

"Bien. Solo un vuelo."

Ella ya está deslizando el dedo por la pantalla, sin darse cuenta de mi crisis interna.

"El equipo de Morgan quiere mover la reunión de mañana a las tres, y el prototipo de la colección de invierno necesita tu aprobación antes del miércoles. Ah, y tu madre llamó para recordarte la cena del domingo."

Apenas la estoy escuchando. Mi mente sigue atrapada en la forma en que la voz de Julian se volvió más grave cuando me dijo lo bonita que es *mi coño*. En cómo sus ojos me devoraban, como si quisiera consumirme entera. Dios. *Contrólate.*

Un golpe seco en la ventanilla nos hace saltar a las dos. Julian está ahí, luciendo obscenamente atractivo a pesar de la hora. Su traje está ligeramente arrugado por el vuelo, pero eso solo lo hace más jodidamente irresistible. Malditos pensamientos peligrosos.

"Mi auto parece estar retrasado," dice cuando bajo la ventana. "¿Podría pedirles un aventón hasta mi penthouse?"

Antes de que pueda mandarlo al infierno, Amanda prácticamente salta en su asiento.

"¡Por supuesto, señor Westwood! ¡Encantadas de ayudarle!"

Le lanzo una mirada que podría congelar el infierno, pero ella está demasiado ocupada embobada con Julian, quien ya se desliza a mi lado en el asiento. Su muslo roza el mío cuando se acomoda, y mi cuerpo entero se enciende como un maldito árbol de Navidad. Traidor.

"Tienes una asistente encantadora," me dice, pero su mirada está fija en Amanda. "Muy... eficiente."

Amanda suelta una risita y se aparta un mechón de cabello detrás de la oreja.

"Oh, hago lo que puedo, señor Westwood. Trabajo con la señorita Winslow desde que inició la empresa."

"Por favor, dime Julian," su voz tiene ese deje cálido que normalmente solo me dedica a mí. "Dime, ¿cómo es trabajar para alguien tan... exigente?"

Algo caliente y desagradable se retuerce en mi estómago mientras los observo. Amanda sigue encontrando pretextos para inclinarse, dándole a Julian una vista perfecta de su escote. Y él... ese cabrón se lo está comiendo con los ojos, haciéndole preguntas sobre su trabajo, elogiando su capacidad de organización.

"La colección de invierno suena fascinante," dice, y Amanda sonríe aún más. "Debes estar muy involucrada en el proceso."

"Oh, sí, yo—"

"Chofer," interrumpo. "Lleve a Amanda a casa. Necesita prepararse para las reuniones de mañana."

Los siguientes minutos transcurren en silencio. Bien.

El auto se detiene.

"Necesito cancelar nuestra reunión de café mañana en Café Nior. Creo que necesito descansar."

Amanda frunce el ceño.

"Pero pensé que—"

"Buenas noches, Amanda."

Ella capta el mensaje, recogiendo sus cosas con movimientos rápidos y nerviosos.

"Por supuesto. Nos vemos mañana, señorita Winslow."

Apenas cierra la puerta cuando me giro hacia Julian.

"¿Cómo te atreves?"

Su sonrisa es puro pecado.

"¿Cómo me atrevo a qué?"

"¿A coquetear con mi asistente? ¿En mi cara? ¿Esto es algún tipo de juego para ti?"

"Sasha." Se inclina un poco más, su rodilla presionando contra la mía. "¿Estás celosa?"

"Por supuesto que no."

Pero las palabras salen demasiado rápido.

"Solo no me gusta que manipules a mi personal."

"¿No?" Sus ojos brillan con diversión. "Entonces, ¿por qué te tiemblan las manos?"

Miro hacia abajo. *Maldito sea.* Sí, me están temblando.

"Eres insoportable."

"Y tú eres hermosa cuando te enfadas."

Su mano se desliza por mi muslo, y de repente me falta el aire.

"Pero ambos sabemos que esto no es sobre Amanda. Se trata de ti y de cómo te niegas a aceptar lo que hay entre nosotros. ¿Cuánto más vas a resistirte? ¿Cuánto tiempo hasta que admitas que *ese coño tan bonito* es mío?"

Mi respiración se entrecorta cuando acorta la distancia entre nosotros. Sus labios capturan los míos, y que Dios me ayude, porque me derrito en el beso. Sabe a whisky, a poder, a promesas en las que no debería confiar. Su lengua recorre el borde de mis labios, exigiendo entrada, y se la concedo porque soy débil, porque lo quiero, porque—

El auto se detiene y la realidad se cuela de nuevo.

Me aparto, jadeando.

"Debes irte."

"Sube conmigo." Su voz es áspera, hambrienta. "Déjame mostrarte contra qué estás luchando."

Niego con la cabeza, aunque todo en mí grita que diga que sí.

"Necesito ir a casa. Mañana tengo un día ocupado."

Me estudia por un largo momento, claramente disfrutando de mi estado de agitación. Luego asiente. Pero antes de salir, me besa otra vez—esta vez más duro, atrapando mi labio inferior entre sus dientes en un mordisco rápido que me arranca un gemido.

"Te llamaré pronto," murmura contra mi boca. "Y cuando lo haga... contesta."

Y entonces se va, dejándome con el eco de su tacto y el aroma de su colonia impregnado en mi piel. A través de la ventana polarizada, lo observo caminar hacia su edificio con esa mezcla de poder contenido y gracia letal.

Aprieto las piernas, intentando aplacar el deseo que palpita entre ellas. Mis labios aún hormiguean por su beso, mi cuerpo aún ansía su toque.

¿En qué demonios me estoy metiendo?

Pero ya lo sé. Estoy cayendo en la trampa cuidadosamente tendida por Julian Westwood, y lo más aterrador es... que estoy empezando a no querer salir.

"A casa," le digo al chofer con la voz temblorosa.

Pero incluso cuando el auto se aleja, puedo sentir los ojos de Julian sobre mí. Puedo sentir lo inevitable de lo que hay entre nosotros.

Estoy jodida.



Mis dedos flotan sobre el teclado mientras intento concentrarme en el correo del informe trimestral en lugar de revisar mi teléfono por centésima vez.

Las palabras de Julian resuenan en mi cabeza: "Cuando llame... contesta." El recuerdo de su voz, grave y dominante, hace que el calor se acumule en mi vientre.

¿Cuándo será eso? ¿Por qué me importa siquiera? No soy una mujer desesperada esperando la llamada de un hombre.

Pero reviso mi teléfono de nuevo de todas formas.

Un suave golpe interrumpe mi autodesprecio. Amanda. Se ve insegura, vacilando en la puerta como si no estuviera segura de su bienvenida. Su habitual paso seguro ha sido reemplazado por movimientos dubitativos.

"El equipo de producción necesita su firma en estos documentos." Se acerca a mi escritorio con cautela, dejando una pila de papeles. Sus dedos juguetean con el botón de su blazer—un gesto nervioso que nunca había visto antes.

"Ponlos con los otros." No levanto la vista de mi pantalla. "Y Amanda?"

"¿Sí, señorita Winslow?"

"La próxima vez que quieras coquetear con alguien, hazlo en tu tiempo libre."

Se sonroja intensamente. "Señorita Winslow, lo siento muchísimo por lo de anoche. No pretendía —"

"Eso es todo."

Abre la boca como si quisiera decir más, pero lo piensa mejor. Chica lista.

Mi teléfono vibra y mi corazón da un salto, pero es solo Claire: "911. Encuéntrame en Balthazar. YA. Deja todo lo que estés haciendo."

"Amanda," la llamo cuando llega a la puerta. "Despeja mi agenda para las próximas dos horas. Ha surgido algo."

"Pero la reunión con Morgan—"

"Despéjala, por favor."

El viaje en ascensor hasta el estacionamiento me da demasiado tiempo para pensar en Julian. En la forma en que sus ojos me devoraban en el avión, el calor de su beso en el coche. En lo mucho que deseo que llame, aunque no debería.

Mi Mercedes cobra vida con un ronroneo, los familiares asientos de cuero me acogen como un viejo amigo. Al menos mi coche no me hace cuestionar mi cordura. Las calles de Manhattan se deslizan mientras sorteo el tráfico del mediodía, mi mente divagando hacia las manos de Julian en mi muslo, su voz ronca de deseo...

Concentración. Sea cual sea la emergencia de Claire, necesita toda mi atención.

El valet de Balthazar toma mis llaves con un respetuoso asentimiento. Dentro, el restaurante bulle con la habitual clientela del almuerzo—ejecutivos cerrando tratos sobre vino sobrevalorado, socialités fingiendo comer sus ensaladas. Diviso a Claire inmediatamente en nuestro reservado habitual de la esquina, con su expresión de modo abogada en plena exhibición. Se levanta de un salto, atrayéndome en un fuerte abrazo. "Gracias a Dios que estás aquí."

"¿Cuál es la emergencia?" Me deslizo en el reservado, haciendo señas para pedir café. "Y más vale que sea buena, porque acabo de cancelar la reunión con Morgan por esto."

El rostro de Claire se torna sombrío mientras saca su teléfono. "Necesitas ver esto. Y tal vez pedir algo más fuerte que café."

Mi estómago se hunde cuando gira la pantalla hacia mí. Ahí estoy yo en HD cristalino, arrojándole vino a la cara a Damien. El video ya tiene dos millones de visualizaciones y sigue sumando.

"Eso ni siquiera es lo peor," dice Claire, desplazándose por los comentarios. "Mira los hashtags. **#DiseñadoraDiva #ControlDeIra #ExDesagradecida. Y este está en tendencia: #CrisisWinslow.**"

"Lo planeó todo." La realización golpea como un puñetazo al estómago. "Todo el asunto. Venir a 'apoyarme' en el desfile, comprar mi collar para parecer el ex marido devoto, y luego decir exactamente lo que sabía que me haría estallar. Sabía que alguien lo grabaría."

"Y ahora su nueva novia está luciendo tu collar en Instagram." Claire me muestra otra publicación—Jessica sonriendo radiante a la cámara, mi collar brillando en su garganta. El pie de foto dice: **"El. Mejor. Regalo. Del mundo. 💕 #bendecida #moda #amor @damienwinslow"**

"Es un monstruo." Mi voz se quiebra. "Primero el piloto con 'intoxicación alimentaria', ahora esto. Nunca va a parar."

"Espera, ¿qué piloto?" El modo abogada de Claire se activa por completo. "¿Qué pasó en París?"

Le cuento todo—el vuelo cancelado, el asqueroso mensaje sobre recrear nuestra luna de miel, tener que volver a casa con Julian. Al final, las lágrimas amenazan con caer pero me niego a dejarlas.

"Quiero una orden de alejamiento," digo, agarrando mi vaso de agua con tanta fuerza que podría romperse. "Quiero que me deje en paz."

Claire estira el brazo sobre la mesa, apretando mi mano. "Cariño, no tenemos suficiente. ¿Puedes probar que él estuvo detrás del incidente del piloto?"

"No, pero—"

"Un mensaje de texto y una serie de 'coincidencias' no convencerán a un juez." Se mueve a mi lado del reservado, rodeándome con un brazo. "Lo siento tanto, Sasha. Todo lo que podemos hacer es empezar a documentar todo desde ahora. Guarda cada mensaje, cada correo. Graba cualquier interacción."

Me apoyo en su hombro, agotada. "¿Por qué no me deja ir? Va a seguir apareciendo, seguir arruinando cada éxito—"

"Hablando de éxitos..." El tono de Claire cambia a algo más ligero, burlón. "¿Qué tal ese viaje en jet privado con el muy sexy señor Westwood?"

El calor inunda mis mejillas mientras le cuento sobre el vuelo—sus ojos hambrientos, mi imprudente exhibición, el apasionado beso en el coche. Sus ojos se ensanchan en la parte donde separo mis piernas para él.

"¡Dios mío, Sasha!" Se abanica dramáticamente. "Es lo más candente que he escuchado jamás. Por favor dime que vas a dejar que él—"

Mi teléfono vibra. Creo que es Julian.

"¡Oh Dios mío," chilla Claire, agarrándome del brazo. "¡Contesta! ¡Contesta ahora mismo!"

Miro fijamente el teléfono, el corazón martilleando. Él dijo que contestara cuando llamara...

SASHA

Se me revuelve el estómago cuando escucho una voz que no es la de Julian al otro lado del teléfono.

"Es Peter," le digo a Claire, viendo cómo su sonrisa emocionada se desmorona en una mueca de fastidio. Por supuesto que es Peter. El universo no es lo suficientemente benévolo como para darme lo que realmente deseo.

"Peter. ¿En qué puedo ayudarte?"

"¡Sasha!" Su entusiasmo podría alimentar la mitad de Manhattan. "He estado pensando en ti. Ese video de París... ¿estás bien? Ya sé cómo puede ser tu ex. Me acuerdo de aquella gala benéfica del año pasado cuando él—"

"Estoy bien," lo interrumpo antes de que pueda recordarme otra humillación más. "Gracias por tu preocupación."

Claire simula ahorcarse con la servilleta. Le lanzo una mirada de advertencia, pero mis labios se curvan en una sonrisa contenida.

"¿Quizás podríamos hablar de esto durante una cena?" La voz de Peter tiene ese tono esperanzado que he llegado a temer. "¿La semana que viene? O el mes que viene si estás ocupada... soy flexible. Hay un nuevo restaurante italiano que me gustaría probar..."

Exhalo lentamente, contando hasta cinco mentalmente. Es dulce, de verdad. Solo que... agotador. Como un labrador retriever en forma humana.

"Peter, no creo que—"

"Solo una cena. Como amigos," se apresura a decir antes de que pueda terminar. "Sin presiones. El chef hace un risotto con trufa increíble—"

"Quizás." La palabra se me escapa solo para terminar la conversación, y al instante me odio por ello. "Tengo que irme. Estoy en una reunión."

Cuelgo antes de que pueda empezar con la carta de vinos. "¿Por qué no captará la indirecta?"
"Porque sigues diciendo 'quizás' en lugar de 'ni en sueños'." Claire le hace una señal al camarero con un gesto imperioso que haría sentir orgullosa a mi madre. "Eres demasiado amable."
"¿Amable?" Arqueo una ceja. "¿La reina del hielo de Manhattan es demasiado amable?"
"¿Con los hombres con los que te has acostado? Sí." Se inclina hacia adelante, entrando en modo abogada. "Necesitas ser más clara con tus límites. Sin quizás, sin señales confusas."
"Tengo que volver a la oficina antes de ver a Ellie." Me levanto, alisándome la falda. "Gracias por avisarme sobre el video."
Me abraza fuertemente. "Documenta todo," me recuerda. "Y llámame en el momento en que Julian te devore como es debido. Quiero detalles."
"Si es que llama alguna vez," murmuro, pero ella solo sonríe como si supiera algo que yo no.
La planta comercial de Winslow Designs bulle de actividad cuando regreso, una grata sorpresa dado el drama viral. La suave iluminación se refleja en los diamantes y el platino, haciendo que cada pieza brille como luz estelar capturada. El familiar aroma a cuero y el sutil perfume me envuelven mientras observo a los clientes admirar mis creaciones a través de las vitrinas impecables.
Mi tienda es mi orgullo y alegría, diseñada para susurrar lujo en lugar de gritarlo. Todo cuidadosamente elegido, desde los suelos de mármol italiano hasta las sillas de cuero cosidas a mano donde los maridos descansan mientras sus esposas se prueban pequeñas fortunas. Incluso el aire parece costoso, con un clima controlado al grado perfecto para mantener tanto a los diamantes como a los clientes igualmente cómodos.
"¿Señora Winslow?" Se me acerca una mujer de unos cuarenta años. Su alianza de matrimonio capta la luz: al menos tres quilates. Una mujer que aprecia la calidad. "Me encantaría tener su opinión sobre algo."
La guío hacia nuestra colección insignia, exhibida en el centro de la tienda. "¿Cuál es la ocasión?"
"Vigésimo aniversario." Estudia una pieza de perlas y diamantes con el tipo de atención concentrada que aprecio en un cliente. "Quiero algo que haga una declaración."
"Entonces querrá esta." Abro la vitrina, sacando el collar en cascada. "Oro blanco y diamantes, con acentos ocultos en oro rosa que captan la luz mientras se mueve. Como secretos esperando ser descubiertos."
Sus ojos se iluminan cuando se lo abrocho alrededor del cuello. La pieza descansa perfectamente sobre su piel, como si hubiera sido hecha para ella. "Es perfecto."

"Sí que lo es," coincide.

Ajusto el cierre, asegurándome de que quede exactamente en su lugar.

"Vi ese video," dice de repente, encontrando mi mirada en el espejo. "El de París. Su ex-marido no engaña a nadie. Todas podemos reconocer a un manipulador cuando lo vemos. Especialmente aquellas que hemos escapado de uno."

Suelto un largo suspiro. "Gracias. Eso... significa mucho."

Después de que se marcha con su compra —y una pulsera a juego que supe que querría desde el momento en que entró— vuelvo a revisar mi teléfono. Sigue sin haber nada de Julian. Mi estómago se retuerce con una emoción que me niego a nombrar.

¿Por qué no ha llamado? ¿El avión fue solo un juego para él?

Me obligo a concentrarme en las hojas de inventario, en los horarios del personal, en cualquier cosa menos en ojos verdes y promesas perversas. No necesito más juegos de hombres en mi vida. Tengo un imperio que dirigir, una sobrina que mimar, una reputación que reconstruir.

Pero mi teléfono permanece obstinadamente silencioso, y odio que me importe. Odio seguir recordando el calor de su beso, la posesión en su voz cuando me dijo que contestara cuando llamara. Odio querer que llame.

Ya no soy esa chica, la que espera junto al teléfono, la que deja que un hombre determine su valor. Soy Sasha Winslow, y tengo mejores cosas que hacer que obsesionarme con Julian Westwood.

Aunque mi cuerpo traidor no esté de acuerdo.



La pequeña bola de nieve de la Torre Eiffel se siente pesada en mi mano mientras toco el timbre de Adam.

Los móviles de viento de Christina todavía se mecen en la brisa vespertina —el sonido es tanto reconfortante como inquietante. Cada vez que visito, espero que ella abra la puerta con esa brillante sonrisa, con Ellie en la cadera. Pero sé que esa nunca más será mi realidad.

En su lugar, es Adam, con aspecto más cansado de lo habitual. Las sombras bajo sus ojos hablan de noches sin dormir, y algo más. Algo más pesado.

"¡Tía Sasha!" Ellie corre hacia mí con una enorme sonrisa. "¿Me trajiste algo de París?"

Me arrodillo, presentándole la bola de nieve. "¿Qué te parece?"

Sus ojos se iluminan mientras la agita, viendo caer la purpurina sobre la ciudad en miniatura. "¡Es perfecta! ¿Puedo ponerla en mi habitación?"

"Primero ve a limpiar tu cuarto," dice Adam, con la voz extrañamente tensa. "Luego podrás decidir dónde ponerla."

Se va saltando, dejando tras de sí el aroma a champú de bayas. ¿Cinco minutos? ¿Eso es todo lo que consigo?

"Debería—" empiezo a levantarme, ajustándome el bolso.

"Necesitamos hablar." Las palabras de Adam me dejan helada. "Estoy pensando en mudarme."

El mundo se inclina hacia un lado. "¿Qué?"

"No lejos. Solo... necesito salir de esta casa." Se pasa una mano por el pelo. "Quizás a una hora de la ciudad. Otro distrito escolar."

Mi corazón late tan fuerte que apenas puedo oír nada más. Manchas negras bailan en los bordes de mi visión. "No puedes... no puedes alejarla de mí. No puedo—"

"¿Sasha?" Su voz viene de lejos. Unas manos fuertes me guían hasta el sofá mientras mis piernas ceden. "Respira. Toma."

Agua fría presiona contra mis labios. Bebo mecánicamente, concentrándome en el simple acto de tragar.

"No intento alejarla de ti," dice suavemente. "Por eso no me voy lejos. Pero no puedo quedarme aquí más. Esta casa... cada rincón contiene a Christina. Cada habitación resuena con su risa. Me está matando."

"Las mujeres con las que has estado saliendo..." empiezo, encontrando mi voz.

"Polvos rápidos para olvidar por una noche." Su risa es amarga. "Pero la vergüenza por la mañana... maldita sea, echo tanto de menos a mi esposa que duele."

"Ella querría que fueras feliz."

"¿Lo querría?" Se levanta bruscamente. "Espera aquí."

Desaparece escaleras arriba, regresando con un teléfono que reconozco al instante. El de Christina. La pantalla está agrietada, pero de alguna manera sobrevivió al accidente.

"Algo me ha estado carcomiendo desde que murió. Una fuerte sensación diciéndome que leyera sus mensajes de texto... Por fin tuve la fuerza para hacerlo," dice, dándole vueltas en sus manos. "Hay algo que necesitas saber. Otra razón por la que quiero irme de la ciudad."

Mi estómago se revuelve con temor. "¿Qué?"

"No quiero a Ellie cerca de Damien Winslow." Desbloquea el teléfono, desplazándose por los mensajes. "Christina... lo amenazó. Le dijo que sabía todo lo que te había hecho."

Cierro los ojos con fuerza. Por supuesto que lo sabía. Era mi confidente, mi protectora. Le conté todo —el aislamiento, los juegos mentales, cómo me encerraba durante días hasta que me

quebraba.

"Lee esto." Me pasa el teléfono.

El hilo de mensajes me hiela la sangre:

Christina: ***"Sé qué clase de monstruo eres. Estoy ayudando a mi hermana a dejarte. Se merece algo mejor que tus juegos enfermos."***

Damien: ***"No te metas en mi matrimonio o te arrepentirás. Tu hermana me pertenece."***

Christina: ***"Nunca. Me pasaré el resto de mi vida protegiendo a mi hermana de cabrones malvados como tú."***

Damien: ***"Anotado."***

La marca de tiempo me golpea como un golpe físico —23:42. La noche antes de que muriera.

Un sollozo se desgarra de mi garganta mientras las piezas encajan. El momento tan conveniente. Cómo su equipo de seguridad se aseguró de que no pudiera impedir que ella condujera.

"Creo que necesitamos reabrir su caso." La voz de Adam tiembla. "No puedo permitirme el tipo de abogado que necesitaríamos, pero—"

Apenas llego a la papelera antes de que mi cena salga. Toda esta situación me provoca náuseas violentas. Adam me sostiene el pelo, frotándome la espalda como solía hacer Christina.

Cuando por fin puedo ponerme de pie, mis piernas tiemblan. "Voy a contratar un abogado. El mejor de la ciudad." Me limpio la boca, la furia reemplazando las náuseas. "No se va a salir con la suya."

La risa de Ellie baja flotando desde arriba —tan parecida a la de su madre que me parte el corazón. Damien no solo me quitó a mi hermana. Le quitó su madre a una niña pequeña. Le quitó todo su mundo a Adam.

Va a pagar por cada una de las lágrimas.

SASHA

La carpeta manila sobre el asiento del copiloto bien podría ser una bomba.

El teléfono de Christina, cuidadosamente guardado en una bolsa. Capturas de pantalla impresas de mensajes de texto que me mantienen despierta por las noches. Informes policiales que ahora me parecen dolorosamente insuficientes, ahora que sé qué buscar. Me tiemblan ligeramente las manos mientras ajusto el retrovisor, encontrándome con mi propio reflejo: ojeras que ni La Mer puede ocultar, tensión en la mandíbula que habla de noches sin dormir y preguntas sin respuesta.

Han pasado dos semanas desde que Adam me mostró esos mensajes. También han sido dos semanas mirando mi teléfono, esperando una llamada que nunca llega.

Julian.

Con solo pensar su nombre siento una opresión en el pecho. Qué estúpida. Tengo problemas más graves que un hombre que, al parecer, solo quería demostrar que podía derretir a la reina del hielo. Pero en la madrugada, cuando el peso del caso de Christina amenaza con asfixiarme, me descubro anhelando su fuerza. Su certeza. Sus brazos rodeándome, haciéndome sentir segura aunque sea por un momento. Como lo hizo en París.

Me aliso la falda al salir del coche. El bufete Harrison & Asociados ocupa toda la planta cuarenta y dos de una resplandeciente torre en el distrito financiero. La reputación de Katherine Harrison la precede: es conocida por tomar casos imposibles y ganarlos.

El viaje en ascensor me da demasiado tiempo para pensar. ¿Y si me equivoco? ¿Y si estoy viendo conspiraciones donde solo hay coincidencias? Pero entonces recuerdo el mensaje de Christina: "Me pasaré el resto de mi vida protegiendo a mi hermana de cabrones malvados como tú." Lo último que escribió.

"Señora Winslow." Katherine se levanta de su escritorio. Su apretón de manos es firme, profesional. Sin falsa calidez, sin cortesías sociales. Ya me cae bien. "Por favor, siéntese."

Su despacho habla de dinero antiguo y poder más antiguo aún: madera oscura, sillones de cuero que han sido testigos de mil secretos, vistas de la ciudad que recuerdan a todos los que se sientan aquí exactamente quién tiene la ventaja. Una fila de titulares enmarcados detrás de su escritorio cuenta historias de victorias imposibles.

"Gracias por recibirme con tan poca antelación." Coloco la carpeta sobre su escritorio, luchando por mantener las manos firmes. "Lo que voy a compartir debe mantenerse en absoluta confidencialidad."

Arquea una ceja perfectamente delineada. "Todo lo que se discute en este despacho es confidencial, señora Winslow. Por eso mis honorarios cuestan más que el salario anual de la mayoría de la gente."

"Esto no es por dinero." Abro la carpeta, extendiendo las pruebas como cartas del tarot que predicen un futuro oscuro. "Se trata de la muerte de mi hermana. Y de la implicación de mi ex marido en ella."

Estudia los mensajes sin expresión, sus dedos con manicura perfecta pasando cada página con cuidada precisión. "Cuéntemelo todo. Todo, desde el principio."

Respiro hondo. "Mi hermana era mi mejor amiga. Mi confidente. Lo sabía... todo. Sobre cómo Damien me aislaba. Me controlaba. Me encerraba en nuestra habitación durante días hasta que me quebraba."

"¿Cuánto tiempo la mantenía encerrada?"

"Tres días era su favorito." Mi voz suena distante a mis propios oídos. "Lo suficiente para hacerme desesperar por contacto humano. Por perdón. Por cualquier cosa."

Toma nota, su pluma raspando contra papel costoso. "¿Y su hermana era consciente de este maltrato?"

"Era la única que conocía toda la magnitud. Me daba demasiada vergüenza contárselo a nadie más." Trago con dificultad. "Me estaba ayudando a planear mi huida pero..."

"Murió." La voz de Katherine es neutral, recopilando hechos. "Háble me de esa noche."

"Estábamos en el club. Celebrando el cumpleaños de nuestra prima. Me había escapado mientras Damien supuestamente estaba en una cena de negocios." Los recuerdos saben a champán barato y arrepentimiento. "Iba a pedir un coche para las dos. Estaba demasiado borracha para conducir, las dos lo sabíamos. Pero entonces apareció el equipo de seguridad de Damien."

"¿El mismo equipo de seguridad que trabaja para él ahora?"

"Sí. Marcus los dirige. Él—" Se me quiebra la voz. "Me sacó en brazos mientras yo gritaba que Christina estaba demasiado borracha para conducir."

"¿Y nadie los detuvo?"
"¿Detendrías tú a hombres armados con traje?" Río amargamente. "Probablemente todos pensaron que solo era una mujer borracha montando una escena. A la mañana siguiente..."
"Su hermana estaba muerta." Se recuesta, estudiándome. "Accidente con un solo vehículo. Nivel de alcohol en sangre muy por encima del límite legal. Conducción bajo los efectos del alcohol. Parece sencillo."
"Demasiado sencillo." Saco el teléfono de Christina. "Lea la hora de esas amenazas. La noche antes de que muriera."
Katherine guarda silencio durante un largo momento, leyendo los mensajes de nuevo. "Esto sugiere premeditación. Pero también son circunstanciales. Un buen abogado defensor diría que esto no prueba nada excepto que su hermana se estaba entrometiendo en su matrimonio."
"¿Entonces qué necesito?" La desesperación se cuela en mi voz. "Dígame qué hacer. Haré lo que sea."
"¿Primero?" Me lanza una mirada penetrante. "Necesita calmarse. La venganza se sirve fría, señora Winslow. Usted, más que nadie, debería saberlo."
Tiene razón. No dejes que la emoción nuble el juicio.
"¿Cuál es nuestro siguiente paso?" pregunto.
"Mi equipo empezará con investigaciones de antecedentes. Profundas. El equipo de seguridad, primeros auxilios, testigos. Registros telefónicos de esa noche. Cámaras de tráfico." Empieza a tomar notas. "Pero necesita entender algo."
"¿Qué?"
"Esto tiene que mantenerse completamente bajo el radar. Si él llega a tener el más mínimo indicio de que estamos investigando, las pruebas desaparecerán. Los testigos se esfumarán. Necesita actuar completamente normal."
"Puedo hacerlo."
"Lo digo en serio. Nada de confrontaciones. Nada de acusaciones. Ni siquiera insinuaciones. ¿Puede manejarlo? ¿Incluso si lo ve en eventos? ¿Incluso si la provoca?"
Pienso en la sonrisa de Christina. En la risa de Ellie que suena tanto a la de su madre.
"Sí. Puedo manejar lo que sea."
"Bien." Empieza a reunir los documentos con eficiencia practicada. "Haré que mi investigador empiece mañana. Mientras tanto, necesito que escriba todo lo que recuerde de esa noche. Cada detalle, por insignificante que parezca."

Mi teléfono vibra en el bolso. Por un momento, mi corazón da un vuelco —¿Julian?— pero es solo un recordatorio del calendario para una reunión que de todos modos necesito reprogramar.

"Una cosa más." La voz de Katherine me devuelve a la realidad. "Necesito que esté preparada para la posibilidad de que esta investigación pueda llevar meses. Quizás más. ¿Está lista para ese tipo de compromiso?"

Pienso en todos los cuentos para dormir que Christina nunca le leerá a Ellie. Todos los momentos importantes que se perderá. Todos los instantes robados por lo que sea que pasó esa noche.

"Esperaré lo que haga falta."

El viaje de vuelta a casa parece interminable. Mi mente no deja de dar vueltas entre los mensajes de Christina y el silencio de Julian. A veces me pregunto si imaginé la tensión entre nosotros en ese avión.

Pero no puedo pensar en él ahora. No puedo dejar que me distraigan unos ojos verdes y promesas perversas cuando mi hermana merece justicia.

Mi teléfono suena justo cuando estoy entrando por la puerta. Por un momento que me para el corazón, pienso que podría ser Julian. Las manos me tiemblan mientras lo saco del bolso.

Se me hunde el corazón. Es Peter.

"¡Sasha!" Su entusiasmo no ha disminuido desde nuestra última conversación. "He estado pensando en ti. ¿Ese restaurante italiano que te mencioné? Acaban de tener una cancelación para esta noche. Déjame invitarte a cenar."

Cualquier otro día, lo rechazaría. Pero entre el caso de Christina, Adam queriendo mudarse y el silencio de Julian, me siento vacía. Y la idea de estar triste y sola en mi ático perfectamente decorado me oprime el pecho.

"¿A qué hora?" Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

"¿En serio?" Suena tan sorprendido como me siento yo. "¿A las ocho? Puedo mandar un coche —"

"Puedo conducir yo misma." ¿Qué estoy haciendo? "Mándame la dirección por mensaje."

Termino la llamada, arrepintiéndome ya de mi momento de debilidad. Pero la idea de otra noche a solas con mis pensamientos, revisando constantemente el teléfono, me dan ganas de gritar.

El vestido negro de Valentino se siente como una armadura cuando me lo pongo una hora después. Simple, elegante, con el punto justo de atrevimiento para recordarle a todos que conmigo no se juega. Estudio mi reflejo mientras me aplico una nueva capa de pintalabios rojo.

La mujer en el espejo parece intocable. Nadie adivinaría que va a una cita por lástima porque el hombre que realmente quiere no ha llamado.

Piccolo Sogno resulta ser exactamente el tipo de lugar que esperaría que Peter eligiera: esforzándose demasiado por parecer auténticamente italiano mientras cobra precios de Manhattan. Está esperando fuera, y su cara se ilumina al verme como un cachorro saludando a su dueño.

"Sasha." Me atrae hacia un abrazo que dura varios segundos de más. "Estás deslumbrante."

Doy un paso atrás, manteniendo la distancia profesional. "El lugar parece agradable."

Dentro, el restaurante intenta recrear una villa toscana con paredes de piedra falsa y murales del campo italiano. El maître nos conduce a una mesa en un rincón claramente destinada al romance.

"Me tomé la libertad de pedir vino", dice Peter mientras estudio el menú. "Un Brunello precioso que me recordó a ti."

Asiento, sin escuchar realmente. El menú se difumina ante mí mientras imagino a otro hombre sentado frente a mí. Uno con ojos verdes y promesas perversas. Uno que me hacía sentir viva en lugar de simplemente... estar aquí.

"Te recomiendo el risotto con trufa", continúa Peter, ajeno a mi distracción. "Aunque todo aquí es excelente. He estado queriendo traerte durante semanas."

"Mmm." Doy un sorbo al vino. Es bueno, pero no lo suficiente para justificar la sonrisa orgullosa de Peter. "El salmón parece bien."

"Siempre tan práctica." Intenta alcanzar mi mano por encima de la mesa. La muevo a mi regazo. "Eso es lo que me encanta de ti."

¿Encanta? Nos acostamos dos veces, y ambas veces lo eché antes del desayuno. "Peter—"

"Lo sé, lo sé." Levanta las manos en señal de rendición. "Solo amigos. Pero los amigos pueden disfrutar de una buena cena, ¿no?"

El camarero me salva de responder, apareciendo para tomar nuestros pedidos. Peter se lanza a hablar en italiano que suena memorizado de Google Translate. La ligera mueca del camarero confirma mi sospecha.

"¿Y para la señora?"

"El salmón." Le entrego mi menú.

Mientras Peter parlotea sobre sus últimas operaciones inmobiliarias, me sorprendo recordando cómo se sentían las manos de Julian en mi cintura. El ardor en sus ojos cuando separé las piernas para él en el avión. Cómo su beso sabía a whisky y promesas.

"¿Sasha?" La voz de Peter interrumpe mis pensamientos. "Pareces distraída."

Distraída es quedarse corto.

JULIAN

El whisky quema al bajar, pero no lo suficiente como para borrar el recuerdo del cuerpo de Sasha deshaciéndose en mis manos.

Dos semanas de tortura, observándola desde lejos. Dos semanas con Jonathan siguiéndole el rastro mientras resisto el impulso de llamarla. Cada mañana me despierto duro, recordando cómo abrió esas perfectas piernas para mí en mi avión. Cada noche me duermo imaginando todas las formas en las que voy a hacerla pagar por hacerme desearla así.

"Otra vez estás de mal humor", dice Zack, limpiando la barra. Me conoce desde nuestros días en la escuela militar, probablemente la única persona que puede decirme eso sin miedo. "Solo llámala."

"Todavía no." Estudio el líquido ámbar en mi vaso. "Tiene que aprender."

"¿Aprender qué? ¿Que eres un cabrón arrogante?"

Le lanzo una mirada que haría que la mayoría de los hombres se disculparan. Zack solo sonríe y me sirve otro doble de Macallan 25.

"Cree que tiene todo el poder", le explico. "Deberías haberla visto en París. Tan segura de sí misma, pensando que podía simplemente alejarse después de lo que pasó entre nosotros."

"¿Y tu solución es ignorarla durante dos semanas?" Zack sacude la cabeza. "Recuérdame otra vez, ¿cómo fue que construiste un imperio multimillonario?"

"Entendiendo la estrategia." He pasado estas dos semanas observándola desde lejos, haciendo que Jonathan me envíe informes sobre cada uno de sus movimientos. "Mañana. La llamaré mañana, la llevaré a cenar. Para entonces, debería estar lo suficientemente desesperada como para decir que sí."

"O lo suficientemente desesperada como para encontrar a otro."

Lo ignoro. La sola idea de otro hombre tocándola hace que mis manos se tensen alrededor del vaso. Deliberadamente he evitado los eventos donde podría encontrarme con ella, dejando que la anticipación crezca. Dejándola preguntarse si esa química entre nosotros fue real o solo se lo imaginó.

"La mayoría de los tipos…" Zack empieza a decir algo, pero se detiene de golpe. "Hablando de tu reina de hielo… ¿no es ella?"

Me giro y todo dentro de mí se congela.

Sasha está sentada en una mesa apartada, vistiendo un vestido negro que me hace arder las manos por tocarla. Por arrancárselo. Pero no está sola.

Un maldito pijo se inclina hacia ella, claramente intentando tomarle la mano. Sasha la aparta, pero el simple hecho de que esté aquí con él hace que mi sangre hierva. Es exactamente el tipo de hombre blando, desesperado por complacerla, que esperaría que ella se comiera vivo. Seguro. Inofensivo. Todo lo que yo no soy.

"¿Quién es ese tipo?" pregunta Zack, pero puedo oír la diversión en su voz. Esto es exactamente lo que me advirtió que pasaría.

"Hombre muerto." Me levanto, ajustando los puños de mi camisa. La visión de otro hombre intentando reclamar lo que es mío hace que mi visión se tiña de rojo. "Guarda mi asiento."

Mientras me acerco a su mesa, capto fragmentos de la patética conversación del imbécil. Algo sobre desarrollos inmobiliarios y cocina italiana auténtica. Joder. No me extraña que ella parezca aburrida. Pero está aquí. Eligió estar aquí con este pobre imbécil en vez de esperar mi llamada.

"Sasha."

Mi voz la hace congelarse, sus increíbles ojos abriéndose de par en par. Por un momento, veo un destello de la mujer del avión, vulnerable, deseándome. Luego, sus muros vuelven a erguirse.

El niño—porque eso es lo que es comparado conmigo—levanta la vista con entusiasmo de cachorro.

"¡Oh, hola! ¿Un amigo tuyo, Sasha?"

Ella tarda demasiado en responder, sus dedos aferrándose con fuerza a su copa de vino.

"Algo así."

"Julian Westwood." No le ofrezco la mano. Solo dejo que mi presencia invada su acogedora escena. "¿Y tú eres…?"

"Peter Crawford. He oído cosas increíbles sobre tus innovaciones tecnológicas. El proyecto de interfaz neuronal es fascinante…"

"Peter", la voz de Sasha podría congelar el infierno. "No es momento de hacer contactos."

La observo, notando la tensión en sus hombros, el ligero temblor en su mano cuando alcanza su copa. Mi presencia la afecta. Bien.

"No, no lo es. Aunque debo decir, Sasha, que me sorprende encontrarte aquí. No pensé que este fuera tu tipo de lugar." Dejo que mi mirada se deslice sobre su acompañante con un desprecio deliberado. "O tu tipo de… compañía."

El color sube a sus mejillas. El mismo rubor que recuerdo del avión cuando me dejó ver su preciosa concha.

"No creo que sea asunto tuyo."

"¿No?" Me inclino más cerca, lo suficiente para oler su perfume—diferente al de París, algo más oscuro, más seductor. "Qué curioso. Recuerdo que todo era muy de mi incumbencia en ese avión. Cuando me mostrabas lo mojada que podías estar con solo unas pocas palabras."

El entusiasmo de Peter finalmente se apaga.

"¿Ustedes dos se conocen?"

"Íntimamente." Me enderezo, ajustando mis puños para evitar alcanzarla. "Pero no dejes que te interrumpa la cita. Disfruta tu noche, Sasha."

Ella se medio levanta de la silla.

"Julian…"

"No hace falta que expliques nada." Le regalo mi sonrisa de tiburón. "Todos tenemos formas de pasar el tiempo mientras esperamos lo que realmente queremos. Aunque debo decir, tus estándares parecen haber bajado."

Me doy la vuelta y me alejo antes de hacer algo estúpido, como sacarla de ahí a lo cavernícola.

"Eso se vio intenso", dice Zack cuando regreso a la barra.

Me termino el whisky de un solo trago ardiente.

"Está jugando."

"Parecía más bien que el que jugaba eras tú." Me sirve otro sin preguntar. "¿Dos semanas de silencio? ¿Qué esperabas que hiciera?"

"No esto." La imagen de ella en esa mesa, dejando que ese idiota la adorara, me da ganas de romper algo. "Le di espacio. Tiempo para darse cuenta de lo que realmente quiere."

"Y quizá lo que realmente quiere es alguien que sí la llame."

Le lanzo otra mirada de advertencia. Zack solo sonríe y sirve otro.

"Esto termina ahora." Me levanto, sacando el teléfono. Basta de juegos. "Pide la cuenta."

"¿Qué vas a hacer?"

Pienso en su rubor, en la forma en que casi se levantó cuando me alejé. En el hambre en sus ojos que no pudo ocultar.

"Recordarle a quién realmente pertenece."

Salgo del bar, el aire frío de la noche no hace nada para calmar el fuego en mis venas. Deslizo mi teléfono y escribo exactamente lo que necesita leer.

Yo: ***"Termina la cita. Te quiero en mi ático en 20 minutos."***

Sé que lo verá. Sé que lo pensará. Pero vendrá. Porque los dos sabemos a dónde lleva esto.

Tiro el teléfono en el asiento del copiloto y acelero fuera del estacionamiento, la mandíbula tensa, la sangre hirviendo. Intenté. Intenté darle espacio. Intenté dejar que viniera a mí. Pero basta. Es hora de dejarle claro lo que quiero. Lo que necesito.

El ático está oscuro y en silencio cuando entro, pero mi mente está lejos de estarlo. Me quito la chaqueta y voy directo al baño, necesitando ahogar este fuego en algo frío.

Entonces—

Un golpe en la puerta.

Ya sé quién es.

Una lenta sonrisa se extiende por mis labios mientras camino hacia ella, mi cuerpo aún tenso de frustración.

Abro la puerta de un tirón.

Y ahí está.

Sasha.

Su cabello está ligeramente despeinado, sus mejillas sonrojadas como si hubiera corrido para llegar hasta aquí. Su pecho sube y baja con respiraciones desiguales, y sus ojos… esos malditos ojos… recorren cada centímetro de mi cuerpo, desde la piel húmeda de mi pecho hasta la toalla que cuelga baja en mis caderas.

Se muerde el labio.

Mi verga se endurece.

Sasha toma aire de golpe, como si se diera cuenta de sí misma, y luego entra, cerrando la puerta de un portazo.

"¿Cómo te atreves?" Su voz es afilada, llena de furia, pero sus manos tiemblan a los lados. "¿Cómo te atreves a desaparecer por dos semanas y luego exigirme que venga a ti?"

Da un paso más cerca, su calor envolviéndome en oleadas.

"¿Crees que puedes chasquear los dedos y que correré hacia ti? ¿Que lo dejaré todo solo porque de repente decidiste que me quieres otra vez?"

No digo nada. Solo la miro, con la mandíbula apretada, mi cuerpo aún goteando de la ducha.

"¿Tienes idea de lo que ha sido esto? Preguntándome dónde estabas, si siquiera—"

No la dejo terminar.

La tomo de la muñeca y la jalo contra mí, devorando sus palabras con mi boca.

El segundo en que nuestros labios chocan, se derrite. Pelea contra ello por una fracción de segundo, sus puños cerrándose contra mi pecho, pero luego me agarra con fuerza, atrayéndome más, sus uñas clavándose en mi piel húmeda.

Un gruñido sale de mi garganta mientras la empujo contra la puerta, mis manos agarrando su cintura, mi lengua reclamando la suya. Sabe a vino, a rabia y a algo que es indiscutiblemente mío.

Gime contra mis labios, pero no le doy oportunidad de hablar.

Vino. Está aquí. Y voy a recordarle exactamente por qué.

La tomo de los muslos y la levanto con facilidad, haciendo que jadee cuando la cargo a través del ático. Sus piernas se aprietan alrededor de mi cintura, sus manos enredadas en mi cabello húmedo, tirando, exigiendo. Camino hacia mi habitación sin soltar su boca, mi verga ya palpitando de necesidad.

Apenas llegamos a la cama, la arrojo sobre el colchón, retrocediendo solo lo suficiente para verla —mejillas sonrojadas, labios hinchados, ojos ardiendo entre desafío y deseo.

"Julian—"

No la dejo terminar.

Agarro el escote de su vestido y lo rasgo por la mitad, el sonido de la tela rasgándose mezclándose con su jadeo entrecortado. La tela destrozada se desliza por sus brazos, amontonándose en su cintura, dejándola completamente desnuda ante mí.

Mierda. Perfección.

Su piel dorada brilla bajo la tenue luz del dormitorio, sus pezones ya duros, pidiendo mi boca. Mis ojos bajan más, entre sus muslos, donde su coño brilla, húmedo y listo para mí.

Mi verga late con fuerza al verla así, al darme cuenta de que ya está empapada por mí.

Me arrodillo en la cama, separando sus muslos con mis manos, deslizando el pulgar por sus pliegues resbaladizos.

"Tan mojada para mí, preciosa", murmuro, deslizando un dedo dentro de ella, sintiéndola caliente, apretada. Se arquea, un gemido entrecortado escapando de sus labios. "¿Te tocaste pensando en mí?"

Su mandíbula se tensa, pero no responde.

"Lo tomaré como un sí", gruño antes de hundir mi cabeza entre sus piernas.
Aplano la lengua contra su clítoris, deslizándola por su coño, saboreando la dulce y adictiva crema que cubre su coño. Perfecta.
Sasha gime, sus dedos enterrándose en mi cabello, empujándome más contra ella en lugar de alejarme.
"Julian", suspira, y joder, amo cómo suena mi nombre en sus labios cuando está a punto de romperse.
Me meto su clítoris en la boca, jugando con la lengua, y ella se sacude, sus muslos apretando mi cabeza. La agarro de las caderas, sujetándola mientras la devoro, lamiendo, chupando, bebiéndome cada gota de su placer.
Sus gemidos se convierten en gritos, su cuerpo temblando bajo mi boca.
"Sabes a jodido cielo, Sasha", gruño contra su coño, hundiendo mi lengua en ella, follándola con ella, sintiendo cómo sus paredes se aprietan. Su cuerpo entero se tensa, sus manos aferrándose a las sábanas, y entonces se corre fuerte, gritando mi nombre.
Pero no he terminado. Ni de cerca.
Subo sobre ella, agarrando sus muslos y jalándola hacia mí hasta que su culo queda al borde de la cama. Mi verga palpita bajo la toalla que todavía llevo puesta. Demasiada tela.
"Necesito estar dentro de ti", gruño, desatando la toalla y dejándola caer.
Sus ojos se abren más, oscuros de deseo al ver la extensión de mi verga, dura, gruesa, goteando por ella.
Paso la punta de mi polla por su coño empapado, frotándola, cubriéndome con su humedad.
"¿Quieres que te folle, preciosa?" Mi voz es ronca, cargada de lujuria.
Me lanza una mirada desafiante, sus labios hinchados de tanto besarme. "Solo hazlo."
Aprieto más fuerte su cintura. "Eres una maldita mocosa."
Me entierro en ella de un solo empujón, haciéndola gritar mientras la estiro, mientras la reclamo.
"Incluso cuando te están follando", gruño contra su oído.
Sus uñas se clavan en mis brazos, su coño apretándome como si estuviera hecho solo para mí.
"Mierda", gruño, saliendo solo para volver a hundirme hasta el fondo.
Sasha gime, sus piernas rodeándome, empujándome más adentro, exigiendo más.
La follo duro, crudo, profundo—sujetándola contra la cama, tomándola toda. Nuestros cuerpos se mueven en sincronía perfecta, el cabecero golpeando contra la pared con cada embestida. Sus gritos se mezclan con mis gruñidos, la habitación llena de los sonidos húmedos y pecaminosos de mi verga poseyéndola.

Su espalda se arquea, su cuerpo apretándome, aferrándose a mí.

"Oh… Dios…"

"Correte para mí, Sasha. Ahora."

Y lo hace. Se rompe debajo de mí, gritando mi nombre, sus uñas arañando mi espalda.

La imagen de ella—destruida, rendida, mía—me hace perder el control, y me corro dentro de ella con fuerza, llenándola hasta que no me queda nada más.

Me desplomo sobre ella, ambos jadeando, sudando, entrelazados. Mis labios encuentran los suyos de nuevo, más suaves esta vez, pero igual de posesivos.

Mía.

Me giro a un lado, llevándola conmigo, su cuerpo aún temblando.

Deslizo la mano por su espalda, mis dedos enredándose en su cabello mientras beso su frente.

"No vas a huir de mí otra vez", murmuro contra su piel. "Perteneces justo aquí."

No discute.

Y es entonces cuando lo sé—finalmente he ganado.

SASHA

La luz del sol se cuela a través de los ventanales de piso a techo, calentando mi piel mientras la conciencia se abre paso lentamente.

Todo me duele de la forma más deliciosa, con rastros de la posesión de Julián marcados en mi cuerpo. Mis muslos todavía tiemblan cuando me muevo, y hay una exquisita sensibilidad entre mis piernas que hace que los recuerdos de anoche me golpeen con fuerza. Las sábanas huelen a él—colonia cara y pura masculinidad—pero su lado de la cama está vacío.

Por un momento, el pánico se aferra a mi pecho. Soy yo la que suele echar a los hombres, no la que despierta en sus camas. Pero antes de que pueda empezar a desmoronarme, el aroma a café y tocino me saca de mis pensamientos.

Mi vestido destrozado yace en el suelo en un montón hecho trizas, roto de arriba abajo. Un calor feroz sube por mis mejillas al recordar cómo terminó así.

Me envuelvo en la sábana como si fuera una toga, repentinamente consciente de mi desnudez de una manera que no sentía desde la adolescencia. El suelo de mármol está frío contra mis pies descalzos mientras camino hacia la cocina, siguiendo los sonidos domésticos que contrastan brutalmente con la pasión desenfrenada de la noche anterior.

Julián está de pie junto a la estufa, sin camisa y con unos pantalones de chándal que cuelgan peligrosamente bajos en su cintura, haciéndome la boca agua. Sus músculos se tensan con cada movimiento, y noto las marcas que le dejé en la espalda cuando el placer se volvió insoportable. Su cabello sigue despeinado, ya sea por el sueño o por mis manos recorriéndolo sin descanso.

Se gira, y mi aliento se queda atrapado en mi garganta. Después de todo lo que hicimos anoche, la simple visión de él aún me desarma. Sus perfectos ojos verdes se suavizan al verme, y sus labios se curvan en una sonrisa más cálida que su usual gesto de suficiencia.

"Buenos días, bella durmiente" su voz tiene esa pizca de satisfacción que debería irritarme, pero que en cambio me hace estremecer. "Espero que tengas hambre."

"Muero de hambre, en realidad."

Intento recordar la última vez que desperté con un hombre cocinándome el desayuno. Probablemente nunca. No es el tipo de relación que me he permitido tener desde lo de Damián.

Desliza un plato frente a mí en la barra: panqueques, tocino, frutos rojos dispuestos con la misma precisión que seguramente usa en sus negocios. Todo en su sitio, perfecto y controlado, justo como él.

"¿Café?"

Asiento, observando cómo vierte el líquido oscuro desde lo que parece ser una cafetera profesional. Su mano encuentra la curva de mi espalda baja al colocar la taza frente a mí, y sin querer, me inclino hacia su toque. Mi cuerpo siempre lo traiciona, buscando más contacto.

"Vas a necesitar energía" deja un beso en mi hombro, luego otro en mi cuello. "Después de anoche."

Comemos en un silencio cómodo, su mano nunca dejando mi piel. Pequeños toques—dedos deslizándose por mi columna, labios rozando mi sien, su pulgar acariciando mi rodilla. Como si no pudiera dejar de tocarme. Como si lo necesitara tanto como yo.

"¿Por qué no llamaste?" la pregunta sale antes de que pueda detenerla, revelando más vulnerabilidad de la que me gusta mostrar. "Estas dos semanas..."

Guarda silencio por un momento, enredando sus dedos en un mechón de mi cabello.

"Quise darte espacio. Tiempo para que estuvieras lista para esto. Para nosotros."

"Te esperé todos los días" mi voz sale más débil de lo que pretendía, y odio lo patético que suena. "Revisé mi teléfono como una adolescente desesperada."

"Lo siento" me aparta el cabello del rostro, su toque sorprendentemente tierno para unas manos tan firmes. La dulzura en su expresión me oprime el pecho. "No quise hacerte daño."

Algo en su suavidad me rompe. Antes de poder detenerme, las palabras comienzan a derramarse —sobre los mensajes de Cristina, sobre haber contratado a Katherine Harrison, sobre mi miedo de que Damián orquestara la muerte de mi hermana. Sobre el terror de no saber nunca la verdad.

Para mi horror, las lágrimas siguen a las palabras. No recuerdo la última vez que lloré frente a un hombre. Me siento patética.

"Hey" Julián me atrae contra su pecho, una mano acariciando mi cabello mientras la otra me envuelve con fuerza. "Todo está bien, preciosa."

Me lleva hasta el sofá, acomodándome contra él como si fuera algo valioso. Su corazón late con un ritmo estable bajo mi oreja, calmando el caos en mi mente.

"Hiciste lo correcto al reabrir el caso. Deja que los investigadores hagan su trabajo. Ahora mismo, deja que yo me encargue de ti."

Me rio entre lágrimas.

"¿Distrayéndome con Netflix?"

"Exacto" toma el control remoto, buscando opciones. Su otra mano no deja de acariciarme la espalda. "¿Qué quieres ver?"

"True crime."

Ríe, su voz retumbando en su pecho, justo donde tengo la cabeza apoyada.

"¿En serio? Estoy intentando mejorar el ambiente, preciosa."

"Bien" me acurruco más contra él, disfrutando de su calor, de la seguridad que no debería sentir, pero siento. "Algo gracioso entonces."

"Tu deseo es mi orden" besa mi sien, poniendo una comedia que no le presto atención. Mi atención está en sus manos, que siguen recorriendo mi piel, como si estuviera reclamando un territorio que piensa poseer para siempre.

Levanto el rostro hacia el suyo, necesitando... algo. Sus labios encuentran los míos, suaves al principio, luego más demandantes. Más hambrientos. Como si hubiera estado esperando mi permiso para devorarme otra vez.

"La película..." murmuro contra su boca, pero mis manos ya están deslizándose por su pecho.

"Que se joda la película" me arrastra a su regazo, la sábana cayendo a un lado. Sus ojos se oscurecen mientras recorren mi cuerpo desnudo. "Se me ocurren formas mucho mejores de distraerte."

El calor se enrosca en lo más bajo de mi vientre cuando él aprieta mis caderas. Ya lo siento—duro, grueso y listo—presionando contra mi muslo interno a través de la caída suelta de sus pantalones. Mi respiración se entrecorta cuando sus manos suben por mi espalda, sus dedos ásperos contra mi piel, su control apenas contenido, una fuerza a punto de romperse.

"Sácalo", susurro, mi voz cargada de necesidad.

Un gruñido retumba en su pecho cuando obedece, bajando sus pantalones de un tirón y liberando su verga.

Se me hace agua la boca ante su tamaño—grueso, rígido, la punta ya perlada de líquido. Mis muslos se aprietan, mi coño lo ansía.

Sus manos se ciñen a mis caderas, guiándome, ordenándome sin necesidad de palabras. Me mantengo justo encima de él, la gruesa cabeza de su verga presionando contra mi entrada, provocándome. La tensión se estira entre nosotros hasta que gruñe: "Móntame, preciosa."

Me hundo sobre él, centímetro a centímetro, gimiendo cuando me estira, llenándome por completo. El ardor es delicioso, un dolor profundo que hace que mis dedos de los pies se ricen. Mis uñas se clavan en sus hombros mientras me ajusto, jadeando al sentir cómo me llena tan perfectamente.

"Jodidamente apretada", resopla, sus manos subiendo para estrujar mis pechos, sus pulgares jugando con mis pezones endurecidos.

Me muevo sobre él, arrastrando mis caderas en círculos lentos, saboreando la fricción. Pero Julián no tiene paciencia para la lentitud. Su agarre se fortalece en mis caderas antes de impulsarse hacia arriba, empalándome tan fuerte que mi cabeza cae hacia atrás y un grito escapa de mi garganta.

"Así es", gime, sus dedos hundiéndose en mi carne, forzándome a tomarlo cada vez que se embiste dentro de mí. "Acéptalo. Déjame sentir cuánto lo necesitas".

Muevo mis caderas más rápido, cabalgándolo con fuerza, mis gemidos convirtiéndose en gritos desesperados mientras me llena una y otra vez, golpeando ese punto profundo que me hace temblar.

"Joder, Julián—"

"Más fuerte", ordena, su voz oscura, quebrada por la necesidad. "Déjame oírte".

No me contengo. Me dejo ir por completo, cabalgándolo con desenfreno, mis uñas arañando su pecho mientras gimo su nombre como una maldición.

"Se siente tan bien", jadeo, mi cabeza echándose hacia atrás mientras el placer se acumula, mientras su verga me atraviesa, dura y perfecta.

"¿Sí?", su voz es un gruñido. "¿Vas a correrte para mí, Sasha? ¿Vas a mojarme toda la verga?"

Su mano se desliza entre nosotros, sus dedos encuentran mi clítoris y lo frotan con rudeza, sin piedad.

Mi visión se nubla, mi cuerpo se tensa, el placer ardiendo en cada fibra de mi ser. "Julián—oh Dios—"

"Sigue", exige, su otra mano rodeando la nuca, atrayendo mi boca a la suya, tragándose mis gemidos mientras me deshago.

Grito contra su boca cuando el orgasmo me sacude, mi coño palpitando alrededor de su verga, empapándolo con mi éxtasis. Pero él no ha terminado. Se embiste con fuerza, persiguiendo su

propio placer, su agarre apretándose mientras me clava sobre él, forzándome a tomar cada centímetro.

Su respiración se vuelve errática, su ritmo se rompe mientras gruñe: "Mierda, voy a—"

Se entierra hasta el fondo, sujetándome en su sitio mientras se derrama dentro de mí, caliente y reclamante.

Por un momento, ninguno de los dos se mueve. Todavía tiemblo, sintiéndolo latir dentro de mí, mi cuerpo exhausto, rendido. Su frente cae contra mi hombro, su aliento cálido contra mi piel húmeda.

"Eres mía, Sasha", murmura contra mi cuello, sus brazos apretándome contra él.

No respondo. Porque sé que tiene razón.

SASHA

El espejo del baño de Julian tiene mejor iluminación que el mío.

Paso el cepillo por mi pelo mientras observo mi reflejo. La mujer que me devuelve la mirada parece diferente de alguna manera. Más suave en los bordes, pero no más débil. Simplemente... más completa.

La última semana ha sido un torbellino de sábanas enredadas y alientos compartidos, de despertar con el café ya preparándose y dormir al ritmo constante del latido de Julian. Apenas hemos pasado una noche separados, alternando entre su ático y el mío como si no pudiéramos soportar estar alejados mucho tiempo. Todavía no se lo he contado a nadie, ni siquiera a Claire. Por primera vez en mi vida, quiero algo que sea solo mío, intocado por las opiniones o expectativas de otros.

Unos brazos fuertes me rodean la cintura, y el reflejo de Julian aparece detrás de mí. Apoya su barbilla en mi hombro, sus ojos verdes encontrándose con los míos en el espejo. "Estás pensando demasiado."

"Solo reflexiono." Me recuesto contra su pecho, disfrutando de su calor sólido. Hace una semana, este tipo de intimidad casual me habría aterrorizado. Ahora se siente tan natural como respirar.

Sus labios encuentran mi cuello, trazando besos hasta ese punto detrás de mi oreja que me hace estremecer. "Vamos a llegar tarde al almuerzo."

Me giro entre sus brazos, atrapando su boca con la mía. Sus manos bajan para acariciar mi trasero a través del vestido, apretando lo justo para hacer que el calor se acumule entre mis muslos. "Si sigues así", murmuro contra sus labios, "puede que tengamos que cancelar la reserva."

El timbre estridente de mi teléfono corta el momento. El nombre de Katherine Harrison parpadea en la pantalla.

"Necesito que venga a mi despacho inmediatamente." Su voz transmite el tipo de urgencia que me revuelve el estómago. "Hemos encontrado algo sobre el caso de Christina."

Julian debe ver el cambio en mi rostro. "Yo te llevo."

El viaje en coche se hace eterno. Me tiemblan tanto las manos que apenas puedo abrocharme el cinturón. Julian estira el brazo, entrelazando sus dedos con los míos. "Estoy aquí, cariño."

Le aprieto la mano, agradecida por su fortaleza. Hace una semana, no habría dejado que nadie me viera tan vulnerable. Pero Julian... él es diferente. No intenta arreglarlo todo. Simplemente está ahí, sólido y constante, dejándome apoyarme en él cuando lo necesito.

El despacho de Katherine se siente más frío que de costumbre, o quizás es solo el escalofrío que me recorre la espalda. Nos hace un gesto para que nos sentemos, su expresión grave.

"Hemos encontrado evidencia de manipulación." Extiende fotos sobre su escritorio: primeros planos de piezas del coche que no entiendo. "Los frenos de su hermana fueron cortados. El sistema de combustible estaba comprometido. Si no hubieran sido manipulados, probablemente habría llegado a casa. Estaba solo a diez minutos de su casa."

Mis manos vuelan a mi boca mientras la bilis sube por mi garganta. El brazo de Julian me rodea al instante, sus labios presionando contra mi sien. Esto es lo que he sospechado, lo que he temido, pero tener pruebas...

"Por favor." Mi voz se quiebra. "Dígame que puede probar que Damien fue el responsable."

La expresión de Katherine se tensa. "Aquí es donde necesitamos su ayuda. Necesitamos una confesión."

"No." Julian dice rápidamente. "No vas a enviarla sola con él."

"No sola." Saca lo que parece un pequeño micrófono. "La cablearemos, tendremos agentes cerca. Un lugar público, tal vez un parque. Con testigos."

Trago con fuerza, luchando contra la náusea. "¿Cómo se supone que voy a hacer que se reúna conmigo?"

"Sigue obsesionado contigo." La voz de Julian está tensa de rabia contenida. "Todos lo hemos visto. Tendrás que hacerle creer... hacerle creer que lo quieres de vuelta."

La náusea gana. Apenas llego a la papelera antes de devolver todo lo que tengo en el estómago. Julian está ahí de inmediato, sosteniéndome el pelo, frotándome la espalda mientras vomito. Este hombre mató a mi hermana. La mató porque intentaba ayudarme a escapar. ¿Y ahora tengo que fingir que lo quiero?

Katherine me tiende un pañuelo. Me limpio la boca, el acero reemplazando la enfermedad en mis entrañas. "Lo haré." Miro a sus ojos, luego a los de Julian. "Por Christina. Por Ellie. Haré que ese bastardo confiese."
La mandíbula de Julian se tensa, pero asiente. Sabe tan bien como yo: esta es la única manera.
Y Damien... no tiene ni idea de lo que se le viene encima.

El micrófono se siente frío contra mi piel, oculto bajo mi blusa de seda.
El último beso de Julian todavía arde en mis labios desde el coche, donde susurró: "Estaré aquí mismo. En el momento que me necesites."
Damien está sentado en un banco del parque como si fuera suyo, piernas bien abiertas, brazo extendido sobre el respaldo, esa sonrisa socarrona que tanto conozco retorciendo sus rasgos perfectos. Me revuelve el estómago cuando sus ojos me recorren. Incluso después de todo, todavía me mira como si fuera su posesión.
"Sabía que volverías." Su voz lleva ese toque de satisfacción que solía hacerme sentir especial antes de que entendiera que era solo otra forma de control. "Siempre lo haces."
Me obligo a sentarme a su lado, aunque cada instinto me grita que corra. El micrófono parece que me quema la piel. "He estado pensando en nosotros."
"¿Ah, sí?" Se acerca más, y lucho contra el impulso de retroceder. Su colonia —la misma que ha usado durante años— me provoca náuseas. "¿Qué hay de tu aventurilla con Westwood?"
Por supuesto que lo sabe. Probablemente tiene gente vigilándome incluso ahora. "Eso es... complicado."
"Nada es complicado, cariño." Su mano encuentra mi rodilla, y me cuesta todo mi autocontrol no romperle los dedos. "Puedo deshacerme de Jessica. Solo estaba manteniendo tu lugar caliente de todos modos."
"¿Es eso lo que haces?" Me giro para mirarlo, dejando que la emoción real tiña mi voz. "¿Te deshaces de la gente que se interpone en tu camino?"
Algo oscuro parpadea en sus ojos. "Hago lo que hay que hacer."
"¿Como con Christina?"
Sus dedos se aprietan en mi rodilla. "Cuidado, Sasha."
"Necesito saber." Cubro su mano con la mía, odiando cada segundo de contacto. "Si vamos a intentarlo de nuevo... necesito saber qué pasó esa noche. La verdad."
"¿La verdad?" Se ríe, pero sin humor. "La verdad es que tu hermana era una entrometida que necesitaba aprender cuál era su lugar."
Mi corazón late tan fuerte que me preocupa que el micrófono lo capte. "¿Qué quieres decir?"

"Hacerte la tonta no te queda bien, cariño." Su mano se desliza más arriba por mi muslo, posesiva y amenazante a la vez. "Sabes exactamente lo que quiero decir."

"Dímelo de todas formas." Fuerzo vulnerabilidad en mi voz. "Quizás... quizás si entiendo por qué, pueda perdonarte. Quizás podamos empezar de nuevo. Me casaré contigo, otra vez."

Me estudia por un largo momento, y contengo la respiración. Entonces sus labios se curvan en esa sonrisa cruel que recuerdo de nuestro matrimonio. "¿Quieres saber por qué? Bien. Hice que Marcus cortara sus frenos. Hice que manipulara su sistema de combustible también, solo para asegurarme. Estaba intentando alejarte de mí, llenándote la cabeza con ideas sobre dejarme."

Mi sangre se convierte en hielo. "Tú... ¿tú la mataste?"

"Sí, y lo volvería a hacer. Le di una lección." Su agarre se vuelve doloroso. "La misma lección que le daré a cualquiera que intente interponerse entre nosotros. Te lo puso más difícil para irte, ¿no? Sin hermana a la que acudir, sin hombro en el que llorar."

Las lágrimas llenan mis ojos —reales, de rabia y dolor.

Rápidamente quito su mano y le escupo en su cara presumida. "Aun así, logré dejarte, maldito monstruo—"

"¡Alto! ¡Policía!"

Todo sucede a la vez. Agentes aparecen de todas direcciones, armas desenfundadas. El rostro de Damien se contorsiona de furia cuando se da cuenta de lo que he hecho. Su mano se dispara hacia mi garganta, pero antes de que pueda tocarme, lo derriban al suelo.

"¡Zorra!" Se revuelve contra los agentes que lo esposan. "¡Puta desagradecida! ¡Yo te creé! ¡No eres nada sin mí!"

Me levanto con piernas temblorosas mientras el Detective Morris se acerca, asintiendo satisfecho. "Lo tenemos todo grabado. Buen trabajo, señora Winslow."

Julian aparece a mi lado como si se hubiera materializado de mi necesidad por él. Su brazo rodea mi cintura, sosteniéndome mientras mis rodillas amenazan con ceder.

"¡Os mataré!" Damien grita mientras lo arrastran hacia un coche patrulla. "¡A los dos! ¿Creéis que esto ha terminado? ¡Eres mía, Sasha! ¡Siempre serás mía!"

"Vete al infierno." Mi voz atraviesa el parque, firme a pesar de mi cuerpo tembloroso. "Nunca fui tuya. Y ahora todos saben exactamente lo que eres."

Su rugido de rabia queda cortado por el portazo del coche. Mientras se alejan, mis piernas finalmente ceden. Julian me atrapa, atrayéndome contra su pecho.

"Te tengo", murmura en mi pelo. "Te tengo, cariño. Se acabó."

Pero ambos sabemos que no ha terminado. Solo está empezando. Porque ahora... ahora es el momento de la justicia.

Y me voy a asegurar de que Damien Winslow nunca vuelva a ver la luz del día.

SASHA

La luz del sol se filtra a través de las altas ventanas del juzgado, proyectando largas sombras sobre el suelo pulido mientras esperamos a que entre el juez. El duro banco de madera presiona contra mi espalda, pero apenas noto la incomodidad. Mi mano descansa protectora sobre mi vientre abultado, sintiendo las patadas reconfortantes de Alexander James Westwood contra mi palma. Con cinco meses de embarazo, nuestro hijo ya muestra la fuerza de su padre.

Los dedos de Julian están entrelazados con los míos, su pulgar dibujando círculos lentos en mi piel. El gesto parece casual, pero lo conozco mejor: es tanto para calmarse a sí mismo como a mí. Su mandíbula está tensa, sus ojos verdes fijos en la silla vacía del juez. Seis meses hemos esperado este momento. Seis meses de testimonios y pruebas y revivir cada pesadilla.

Adam está sentado en la fila detrás de nosotros, con la mano de su nueva novia Rachel sobre su rodilla. Los últimos meses han suavizado algo del dolor en su rostro, pero hoy todo vuelve. Las ojeras bajo sus ojos delatan noches sin dormir previas a este momento. Capta mi mirada e intenta una sonrisa que no llega a sus ojos.

La voz del alguacil corta la tensión. "Todos en pie."

Nos levantamos mientras el Juez Morrison entra, su toga rozando el suelo mientras toma asiento. Mi corazón late tan fuerte que temo que Julian pueda oírlo. Este es el momento. El momento que determinará si Christina obtiene justicia.

"Pueden sentarse." La voz del juez resuena en la sala repentinamente silenciosa. Se ajusta las gafas, estudiando los papeles frente a él con una expresión indescifrable.

Damien está sentado en la mesa de la defensa, luciendo de alguna manera tanto impecable como perturbado en su traje de diseñador. Su abogado le susurra algo al oído, pero sus ojos nunca me abandonan. Esos ojos que solían hacerme sentir especial, luego aterrorizada, ahora solo me hacen sentir... nada.

"Damien Winslow." La voz del Juez Morrison transmite la autoridad ganada en treinta años en el estrado. "Las pruebas presentadas en este caso han sido abrumadoras. No solo orquestó el asesinato de Christina Daniels, sino que no ha mostrado remordimiento alguno por sus acciones. Sus intentos de controlar y manipular a la señora Winslow, tanto durante como después de su matrimonio, muestran un patrón de crueldad calculada que este tribunal no puede ignorar."

Se me corta la respiración mientras el juez continúa. "Por el asesinato premeditado de Christina Daniels, este tribunal lo condena a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Por los cargos adicionales de intento de coacción, delitos financieros y manipulación de testigos, se le condena a penas consecutivas que suman cincuenta años adicionales."

Un sonido se me escapa, ni sollozo ni risa. El brazo de Julian rodea mis hombros, atrayéndome hacia él mientras las lágrimas nublan mi visión. Justicia. Por fin, justicia para mi hermana.

Damien explota de su silla, el rostro contorsionado de rabia. "¿Crees que esto ha terminado?" Se resiste contra los alguaciles que lo agarran de los brazos. "¿Crees que puedes borrarme? ¡No eres nada sin mí, Sasha! ¡Nada!"

Sostengo su mirada con firmeza, una mano aún descansando sobre mi vientre donde mi hijo crece más fuerte cada día. "No, Damien. Tú no eres nada. Y morirás en prisión sabiéndolo."

Su rugido de rabia queda cortado por el golpe de las pesadas puertas al cerrarse tras él. El sonido resuena en la sala como un punto final a este capítulo de nuestras vidas.

Adam exhala bruscamente detrás de mí, y me giro para ver lágrimas corriendo por su rostro. Rachel lo rodea con sus brazos mientras sus hombros tiemblan. "Ahora puede descansar", susurra. "Por fin puede descansar."

El viaje a casa se siente irreal, como si flotáramos en un sueño. La mano de Julian descansa en mi muslo mientras navega por el tráfico vespertino, su peso anclándome a la realidad. Lo logramos. Realmente lo logramos.

"¿En qué piensas?" Su voz es suave, tierna de una manera que solo yo conozco.

"Solo..." Trazo patrones en sus nudillos. "Desearía que pudiera ver esto. Vernos. Ver su justicia cumplida."

"Ella lo ve." Lleva mi mano a sus labios, besando mi palma. "Y estaría tan orgullosa de ti, mi amor."

Nuestra casa aparece a la vista: el hogar que elegimos juntos, con espacio para familia y futuro y todo el amor que nunca pensé que volvería a tener. Pero algo se siente diferente esta noche. Hay un resplandor que viene del interior que no estaba esta mañana.

"Julian..." Empiezo, pero él solo sonríe con esa sonrisa devastadoramente hermosa y me guía hacia la puerta.

El pasillo está iluminado con velas, sus llamas proyectando sombras danzantes en las paredes. Pétalos de rosa crean un camino hacia nuestra sala de estar, donde más velas parpadean en cada superficie. Mi corazón empieza a latir por una razón completamente diferente.

"Date la vuelta", murmura contra mi oído.

Lo hago, y se me corta la respiración. Julian está arrodillado ante mí, sosteniendo un anillo que atrapa la luz de las velas como estrellas cautivas. Pero son sus ojos los que me debilitan las rodillas: tan llenos de amor y certeza y promesas que sé que cumplirá.

"Sasha." Su voz me envuelve como seda. "Me fascinas. Me desafías. Me vuelves completamente loco de las mejores maneras posibles. Y nunca quiero pasar otro día sin ti. Cásate conmigo. Sé mi esposa. Sé la madre de nuestros hijos. Sé mía en todas las formas posibles."

Las lágrimas caen por mis mejillas mientras presiono dedos temblorosos contra mis labios. "Julian..."

"Di que sí, mi amor." Su mano libre encuentra la mía, su pulgar acariciando mis nudillos. "Hazme el hombre más feliz del planeta."

"Sí." La palabra sale en un sollozo.

Está de pie en un instante, aplastándome contra su pecho mientras su boca reclama la mía. El anillo se desliza en mi dedo: un ajuste perfecto, porque por supuesto que lo es. Julian Westwood no hace nada menos que perfecto.

Más tarde, acurrucada en nuestra cama con su mano extendida protectoramente sobre nuestro hijo, pienso en cuánto ha cambiado todo. Mi línea de joyería es más exitosa que nunca: resulta que la publicidad de un juicio por asesinato hace maravillas para el negocio. Pero más importante aún, tengo familia otra vez. Familia de verdad.

Adam y Rachel están hablando de mudarse más cerca de Julian y de mí, lo que significa más tiempo con Ellie. Mi sobrina pasa ahora con nosotros un fin de semana sí y otro no, llenando nuestro hogar de risas y preguntas sobre su primo bebé. Claire está de siete meses con una niña, ya planeando citas de juego con nuestros hijos.

"¿En qué piensas, mi amor?" Los labios de Julian rozan mi sien.

Me giro en sus brazos, estudiando el rostro del hombre que nunca se rindió conmigo. Que vio más allá de mis muros y me amó de todos modos. "En lo feliz que soy. En lo correcto que se siente todo esto."

Su mano sube para acunar mi rostro, su pulgar acariciando mi mejilla. "Te mereces todo, mi vida. La felicidad. El éxito. Todo."

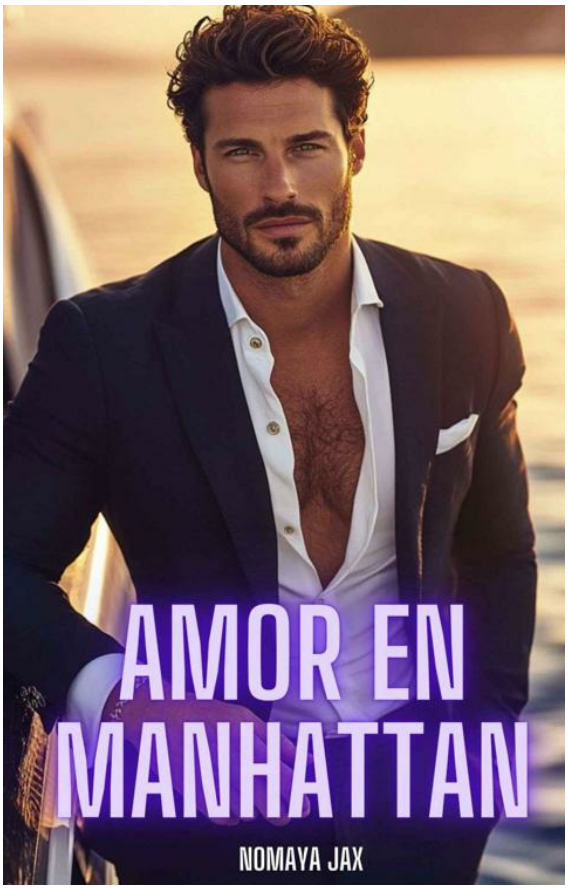
Me acerco más, respirando su aroma familiar. Por primera vez desde que Christina murió, me siento completamente, verdaderamente yo misma. No la reina del hielo. No la mujer endurecida por el dolor y la traición. Solo Sasha. La hermana que Christina conocía. La tía que Ellie adora. La mujer que Julian ama.

Y eso es más que suficiente.

El final gracias por leer.

¿Te ha gustado esta historia sobre Brielle y Cole? Entonces te encantará mi novela,

Amor en Manhattan



Una madre soltera, un CEO multimillonario y un amor que ninguno de nosotros vio venir.

Cuando el soltero más codiciado de Manhattan entró en mi vida, no estaba buscando un héroe—solo intentaba sobrevivir.

Él vio las grietas en mi armadura, los miedos que escondía detrás de mi sonrisa, y no solo quería arreglarme. Lo quería todo.

Pero enamorarme de él no era simple—está mi hija, y un pasado que se niega a dejarme ir.

Su mundo está lleno de riqueza y secretos, ¿y el mío? Es desordenado, real, y ya complicado de maneras que él no podría imaginar.

Nuestra pasión es innegable, pero cuando la vida nos lanza un giro inesperado, el amor por sí solo podría no ser suficiente.

Ahora, tengo que decidir: luchar por el hombre que me hace sentir viva, o proteger mi corazón de un amor que podría cambiarlo todo.

Leer ahora! https://mybook.to/uVzSD



Capítulo 1 – EMMA

El reloj de la mesita de noche marca las 9:03 de la noche. Los suaves rizos rubios de Bella brillan bajo la cálida luz de la lámpara mientras está acurrucada en mi regazo, sus pequeñas manos aferrándose a los bordes de su libro favorito: La Oruga Muy Hambrienta. Lo adora, aunque lo hemos leído tantas veces que me sé las palabras de memoria.

"A ver, Bella. ¿Qué comió la oruga después?", pregunto, usando un tono melodioso para mantener su atención.

"¡Cuatro fresas!", exclama triunfante, sus ojos azules —tan parecidos a los de Jake que me produce un dolor en el pecho— iluminándose. Se inclina hacia adelante, señalando la página. "¡Mira, mami, fresas!"

"Así es, mi amor. Muy bien." Le doy un beso en la coronilla, aspirando el familiar aroma a champú de bebé y su paleta de cereza favorita, esa que había insistido en comer antes de dormir.

Este es mi momento favorito del día: solo nosotras dos, sus risitas llenando el silencio, su cuerpecito cálido contra el mío. Por un momento, me olvido de las facturas vencidas y del dolor en mis pies después de otro turno. Por un momento, solo existimos Bella y yo, y el resto del mundo deja de importar.

Estoy a punto de pasar la página cuando mi teléfono vibra en la mesita. La pantalla se ilumina con el nombre de Jake, y se me revuelve el estómago.

"¡Papi!", chilla Bella, estirándose hacia el teléfono. Me obligo a sonreír y se lo entrego.

"Adelante, mi cielo. Dale las buenas noches a papi."

Presiona el botón verde con su pulgar, sus deditos torpes pero decididos. "¡Hola, papi!", gorjea, su rostro iluminándose cuando la imagen de Jake llena la pantalla.

"Hola, princesa", dice Jake, su voz suavizándose como siempre lo hace con ella. Por un momento, me permito observarlos. Sin importar lo que Jake sea —mentiroso, infiel, un egoísta de mierda— sigue siendo su padre. Ella lo ama, y no puedo quitarle eso.

"¿Comiste toda tu cena esta noche?", le pregunta, y ella asiente con entusiasmo.

"¡Comí macarrones con queso y brócoli! Mami dice que el brócoli me hace fuerte."

"Esa es mi niña", dice él, sonriendo. Luego su tono cambia mientras añade: "¿Le puedes pasar el teléfono a mami un momento?"

Bella me mira, ofreciéndome el teléfono como si fuera un tesoro. "Mami, papi quiere hablar contigo."

Siento que me invade el temor mientras tomo el teléfono. "¿Qué pasa, Jake?"

"Tenemos que hablar de nosotros", dice, su voz cargada de esa familiar mezcla de frustración y súplica. "De nuestra familia."

Miro a Bella, que ahora está sentada con las piernas cruzadas, trazando las imágenes de su libro con un dedito. Se ve tan inocente, tan ajena a la tensión que burbujea entre sus padres. "No hagamos esto ahora", digo en voz baja, manteniendo un tono neutral.

"¿Entonces cuándo?", espeta Jake, su voz elevándose ligeramente. "¿Vas a ir a trabajar a ese trabajo de mierda otra vez esta noche? ¿Sirviendo tragos a un montón de ricos imbéciles?"

Aprieto la mandíbula, pero mantengo la voz firme por el bien de Bella. "Ya te dije, Jake. Ahora no es el momento."

Exhala bruscamente, y casi puedo verlo pasándose la mano por el pelo, como siempre hace cuando está molesto. "¿No lo extrañas? ¿No extrañas que yo me ocupara de ti y de Bella? No tenías que trabajar en ese entonces. No tenías que..."

Lo interrumpo antes de que pueda empezar con el mismo argumento de siempre. "Jake, ya hemos hablado de esto."

Él no se detiene. "Te debe gustar trabajar ahí, ¿no? Vestirte como una..."

Corto la llamada antes de que pueda terminar la palabra. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras dejo el teléfono en la mesita, volteándolo para no tener que mirarlo. Bella me mira, frunciendo el ceño.

"Mami, ¿por qué papi dejó de hablar?"

Me obligo a sonreír, con un nudo en la garganta. "Ay, es que tenía que irse, mi amor. ¿Terminamos tu libro?"

Ella asiente, aparentemente satisfecha, y se acurruca de nuevo en mi regazo. Tomo el libro, con las manos temblando ligeramente, y termino de leer sobre la oruga que comió demasiado y finalmente se convirtió en mariposa.

Para cuando Bella está dormida, su cuerpecito acurrucado bajo su manta rosa, siento como si hubiera corrido un maratón. La arropo, le doy un beso en la frente antes de apagar la luz y me deslizo fuera de la habitación.

Mi madre me espera en la cocina, con las manos envolviendo una taza de té. Levanta la mirada cuando entro, su expresión suavizándose al ver mi cara.

"Volvió a llamar, ¿verdad?", pregunta, sin esperar siquiera a que me siente.

Me desplomo en la silla frente a ella, apoyando la cabeza entre mis manos. "Sí. Quería hablar de 'nosotros'."

Mamá resopla, un sonido amargo. "Él perdió el derecho de hablar de 'nosotros' después de lo que hizo. Nunca debiste estar con él en primer lugar."

Pongo los ojos en blanco. "No empieces otra vez, mamá."

"No, necesitas escucharlo", dice, inclinándose hacia adelante. "Te lo dije en la preparatoria que no era suficiente para ti. Pero no quisiste escuchar. Pensaste que era un Príncipe Azul, y mira dónde te dejó eso."

"Mamá, ya no soy una niña. Sé que cometí errores." Mi voz se quiebra, y odio la manera en que me arden los ojos. "Pero lo estoy intentando. Estoy haciendo lo mejor que puedo."

Su expresión se suaviza, y estira la mano sobre la mesa para apretar la mía. "Lo sé, mi amor. Y estoy orgullosa de ti. Pero no lo necesitas. Nunca lo necesitaste."

Asiento, tragándome el nudo en la garganta. "Es que... me siento tan culpable, ¿sabes? Dejar a Bella para ir a trabajar, depender tanto de ti y de papá. Es como si le estuviera fallando."

"No le estás fallando", dice mamá con firmeza. "Estás haciendo lo que tienes que hacer para darle una buena vida. Tiene suerte de tenerte."

Asiento de nuevo, aunque la culpa sigue pesando en mi pecho. "Gracias, mamá."

Sonríe. "Ahora, ve a prepararte para el trabajo. Y no dejes que ese idiota te arruine la noche."

Me levanto, tomando mi chaqueta del respaldo de la silla. Mientras me dirijo a la puerta, miro hacia el cuarto de Bella, y se me encoge el corazón al pensar en dejarla. Pero mamá tiene razón. Estoy haciendo lo que debo hacer.

Al menos, eso me digo mientras salgo a la noche, lista para enfrentar otro turno en el bar.

El viaje al trabajo es silencioso, excepto por el suave murmullo de la radio del coche. Normalmente no me molesta el silencio; me da tiempo para pensar, aunque esos pensamientos

suelen convertirse en preocupaciones. Esta noche no es diferente. Mi mente repite la conversación con Jake. ¿No extrañas que yo me ocupara de ti?

La verdad es que sí extraño lo fácil que eran las cosas cuando Bella acababa de nacer. Jake se encargaba de las facturas, del mercado, de todo. Pero esa versión de él parece de otra vida. Sacudo la cabeza, obligándome a concentrarme en el camino. Darle vueltas no cambiará nada.

El bar ya está lleno cuando entro, el murmullo de las conversaciones mezclándose con el tintineo de los vasos y las notas suaves de una lista de música rock clásica. Me deslizo detrás de la barra, atándome el delantal y saludando con un gesto rápido a mi jefa, Carla, quien arquea una ceja por mi ligero retraso pero no dice nada.

No es el peor trabajo del mundo, pero tampoco es lo que soñé. Las noches largas, los clientes borrachos, las miradas lascivas... es agotador. Sin embargo, paga las cuentas, y eso es lo que importa. Por ahora, al menos.

Un par de horas después de empezar mi turno, lo veo. Daniel. Está sentado en su lugar de siempre al final de la barra, su cabello oscuro perfectamente peinado, las líneas elegantes de su traje resaltando bajo la luz tenue. No es ostentoso como algunos otros clientes habituales. Sin logotipos de diseñador gritando por atención, sin cadenas de oro ni conversaciones ruidosas. Solo una confianza tranquila, de esas que hacen que la gente lo note sin que él siquiera lo intente. Pide lo mismo de siempre: un bourbon solo, de la mejor marca. Ya ni siquiera tengo que preguntarle.

"Buenas noches, Daniel", digo, sirviendo su trago y deslizándolo por la barra.

"Gracias", responde, con voz baja y suave. Levanta la mirada hacia mí, y por un segundo, nuestros ojos se encuentran. Hay algo ahí, algo no dicho pero eléctrico. No es la primera vez que lo siento, pero siempre lo aparto. Los hombres como él no se mezclan con mujeres como yo.

"¿Todo bien esta noche?", pregunto, más por costumbre que por verdadera curiosidad. La charla ligera es parte del trabajo, después de todo.

Asiente, tomando un sorbo de su bebida. "¿Y tú?"

Dudo. Es una pregunta tan simple, pero me toma por sorpresa. La mayoría de la gente ni se molesta en preguntar. "Sí, estoy bien", digo finalmente, forzando una pequeña sonrisa.

No insiste más, solo asiente de nuevo y vuelve su atención a la copa que tiene en la mano. La interacción es breve, como siempre, pero se queda rondando en mi mente mientras avanza la noche.

Cerca de la medianoche, el bar empieza a vaciarse. Estoy limpiando la barra cuando Carla se acerca por detrás, con las manos en la cintura.

"Daniel sigue aquí", dice, señalando con la cabeza hacia su rincón.
Echo un vistazo. Está saboreando su segunda copa, con una expresión indescifrable. "¿Y qué?"
"Pues", dice con una sonrisa maliciosa, "que solo se queda hasta tan tarde cuando tú estás trabajando."
Pongo los ojos en blanco, ignorando el calor que me sube a las mejillas. "No empieces."
"Oye, solo digo. ¿Un soltero multimillonario, siempre sentado en tu sección, que apenas le dirige la palabra a nadie más? Suena a historia de novela."
"No es así", insisto, aunque mientras lo digo, ni yo misma estoy segura de creerlo.
Carla solo se ríe y se aleja meneando la cabeza. Me concentro en mi trabajo, negándome a dejar que sus bromas me afecten.
Mientras termino mi turno, Daniel se acerca a la barra con el abrigo sobre el brazo.
"Gracias, como siempre", dice, dejando un billete de cincuenta impecable sobre la barra.
"Sabes que no tienes que dejar tanta propina", le digo, dándole su cambio por costumbre.
"Lo sé", responde, sus labios curvándose en el más leve asomo de sonrisa. "Buenas noches, Emma."
"Buenas noches", digo, observándolo mientras se dirige a la puerta.
El resto de la limpieza pasa rápido, y cuando me doy cuenta, ya estoy de vuelta en mi coche, con el suave ronroneo del motor llenando el silencio. Pienso en Daniel, en cómo pronunció mi nombre, como si fuera algo digno de atesorar. Es un pensamiento peligroso, uno que no me puedo permitir.
Cuando regreso a casa de mi madre, las luces de la sala siguen encendidas. Entro, me quito los zapatos y me deshago de la chaqueta. Mamá está sentada en el sofá con un libro en el regazo, pero levanta la vista cuando entro.
"¿Qué tal el trabajo?", pregunta.
"Bien", digo, dejándome caer en el sillón frente a ella.
Me observa un momento, con el ceño fruncido. "Te ves cansada."
"Lo estoy", admito. "Pero no es nada nuevo."
Deja el libro a un lado, suavizando su expresión. "Jake no volvió a llamar, ¿verdad?"
Niego con la cabeza. "No, no desde antes. Pero... siempre encuentra la manera de meterse bajo mi piel."
Mamá suspira, con las manos entrelazadas en su regazo. "Ojalá lo bloquearas. O por lo menos dejaras de contestarle las llamadas."
"No puedo", digo, con la voz apenas audible. "Es el padre de Bella."

"Eso no significa que tenga derecho a tratarte así", dice con firmeza. "Te mereces algo mejor, Emma. Bella se merece algo mejor."

Asiento, pero la culpa vuelve a aparecer, instalándose pesadamente en mi pecho. "Es que... no quiero que me odie algún día. Por mantenerlo alejado."

"No lo hará", dice mamá, con un tono suave pero decidido. "Va a ver lo duro que trabajaste, cuánto sacrificaste por ella. Y te va a amar por eso."

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas, pero las contengo. "Gracias, mamá."

Sonríe y se estira para apretarme la mano. "Ve a dormir, mi amor. Te lo has ganado."

Asiento, me levanto y me dirijo al cuarto de Bella. Sigue profundamente dormida, su cuerpecito acurrucado bajo las mantas, su pelo rubio desparramado sobre la almohada. Le aparto un mechón de la cara, y mi corazón se hincha de amor y culpa a la vez.

"Lo hago por ti, mi vida", susurro, con la voz apenas audible. "Te lo prometo."

Mientras me meto en la cama unos minutos después, mis pensamientos vuelven a Daniel. Su presencia tranquila, la manera en que parece notar cosas que la mayoría no ve. Una parte de mí se pregunta cómo sería dejar entrar a alguien como él, volver a confiar.

Pero sé que es mejor no hacerlo. Los hombres como él no se quedan. Y ya tengo suficiente en mi plato como para añadir otro corazón roto a la mezcla.

Leer ahora! https://mybook.to/joVnABa

¡Gracias por leer! ❤